

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

CON LAS MANOS VACIAS



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

5. ¡Misses, a la pasarela!, Ralph Barby.

6. El caballero y el dragón, Clark Carrados.

7. Satori, Lou Carrigan.

8. En Tokio también se muere, Burton Hare

9. Tres dragones de oro, Curtis Garland.

LOU CARRIGAN

CON LAS MANOS VACIAS

Colección KIAI n.° 10

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -

MEXICO

ISBN 84-02-04952-4

Depósito legal: B. 52.323 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain 1.a edición: febrero, 1977

Documentación gráfica cedida por la sala de judo «SHUDO - KAN»

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S A Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Raymond Ashton pasó un brazo por la cintura de Naney, la apretó, y cuando la muchacha le miró, farfulló:

—Vámonos de aquí. Me estoy aburriendo mortalmente.

— ¡Pero, querido, si estamos...!

—Tonterías —cortó Ashton la protesta de la bella pelirroja—. Prefiero que regresemos al yate.

Nancy Custer estuvo a punto de fruncir el ceño y seguir protestando, pero ni siquiera llegó a fruncir el ceño. Era absurdo que protestase, puesto que las cosas estaban bien claras, y lo habían estado desde el primer momento: si ella era la amiguita mimada del cincuentón y barrigudo Raymond Ashton, y recibía valiosos regalos, y viajaba en el estupendo yate Mildred II, y estaba consiguiendo un considerable saldo favorable en su cuenta corriente gracias a la generosidad de Raymond..., pues algo tenía que poner de su parte, ¿no? Y ese algo, bien claro estaba: satisfacer los deseos de toda clase de su cincuentón amante.

Así es la vida, nena. O lo tomas, o lo dejas.

Nancy lo había tomado, de modo que todo terminó en una dulce sonrisa para el hombre que la estaba haciendo rica y la mimaba a su manera, es decir, mimándose a sí mismo con la belleza de la bella pelirroja de apenas veinticinco años.

Sí, señor, así es la vida... de algunas personas.

—Claro que sí, mi amor —dijo Nancy.

—Así me gusta —asintió Raymond Ashton.

Y como a él le gustaba, pues abandonaron el club nocturno El Pavo Real, de Acapulco, México, llevando Ashton a Nancy como si, más que una persona, fuese un hermoso objeto de su propiedad. Lo cual era cierto en un muy alto porcentaje. Por lo menos, mientras du-rase.

—Podríamos ir paseando —dijo Nancy—, ¡Hace una noche tan hermosa!

—Tonterías —reincidió Raymond—. Tomaremos el coche. Para eso lo he alquilado.

—Pero estamos tan cerca...

—Tonterías.

Para Raymond Ashton, evidentemente, todo lo que se les ocurría a los demás era una tontería. Y, considerando lo que muy pronto iba a suceder, todavía resultaba bastante benévolo, ya que a veces ocurren cosas peores que tonterías.

Por ejemplo: cuando estaban ya cerca del coche y Raymond acababa de sacar del bolsillo las llaves, aparecieron, como por auténtico arte de magia, los tres hombres; y las tres navajas, que relucieron con las escasas luces de la calle donde estaba el Pavo Real. Nancy soltó un respingo cuando una de las navajas quedó apoyada en su preciosa garganta, y Raymond palideció cuando las otras dos armas quedaron como apuntalando su voluminoso vientre.

-A ver, viejo tocino —masculló uno de los asaltantes—. Saca en seguida todo tu dinero, o te abrimos para hacer morcillas.

— ¿Qué es esto? —jadeó Ashton—, ¿Qué pret...? Una de las navajas se hundió un poco en su barrigota Solo un poco, pero Ashton emitió un gritito agudo de dolor, y se apresuró a sacar su billetera, que en un sujetos cerrar de ojos, pasó al bolsillo de uno de los

Este debía ser muy codicioso, porque dijo:

—Venga, las sortijas, el reloj... ¡Todo! Juan que la niña se quite los adornos.

Se ha comprendido, naturalmente, que un hombre que, como Raymond Ashton, tenía un yate y una amante sensacional, era un afortunado ricacho, así pues era lógico que llevase una valiosa sortija, un valiosísimo reloj..., y que a su amiguita le hubiese regalado, entre otras cosas, un collar que, en Estados Unidos había costado veintidós mil dólares. Bagatelas. Purititas bagatelas.

—Pero... ¡el collar es mío! —gimió Nancy.

¡Plaf!, sonó la bofetada que recibió en pleno rostro.

Y eso fue suficiente para que tamo Nancy como Ash-ton se apresurasen a desprenderse de sus abalorios de conjunto impecable con el smoking y el elegante y seductor vestido de noche. Así que la sortija y e. reloj de Ashton, y el collar de Nancy, pasaron al mismo bolsillo que la cartera del primero. No era muy tarde, pero, en aquellos momentos, no se veía a nadie allí. Los asaltantes podían haberse dado a la fuga tranquilamente tras conseguir su objetivo inicial, pero uno de ellos tuvo una brillante idea:

—Chema, ¿por qué no nos vamos a dar un paseo con el automóvil del gringo..., y nos llevamos a la niña, para proporcionarle una caliente y feliz

noche?

— ¡Buena idea, Felipín! —exclamó el llamado Chema.

Raymond Ashton abrió la boca para protestar, igual que lo hizo Nancy, por supuesto. Pero, mientras que a Nancy se limitaron a taparle la boca con la mano y arrastrarla hacia el coche, Ashton recibió tal puñetazo que sus mandíbulas crujieron, y el pobre hombre, semiaturdido, fue proyectado contra el coche. Claro, rebotó allí, y fue recogido por otro de sus dos interlocutores, con un corto en el vientre que lo dejó sin aliento, como muerto. Por si todavía tenía ganas de pelea, recibíó otro puñetazo en el hígado, y, cuando caía, un cruzado en la barbilla que lo hizo girar, caer de espaldas, rodar, y quedar tendido cara el estrellado cielo.

—Y no te abrimos el vientre porque a lo mejor llevas dentro un cerdito —dijo tranquilamente Chema.

En un santiamén, acabaron de empujar a Nancy dentro del coche, mientras Juan, abrazado a ella, continuaba tapándole la boca con una de sus manazas. Felipín había recogido del suelo las llaves del coche, corrió a sentarse ante el volante, puso el coche en marcha y...

Y minutos después rodaban a buena velocidad por la avenida López Mateos, alejándose del lugar del asalto, llevándose dinero, joyas..., y una joya muy grande, de alrededor de sesenta kilos de peso, llamada Nancy Clister.

— ¡Qué buena está la tía, tú! —rio Juan—, ¡Toca, toca aquí, Chema!

Chema tocó allí, y en otros sitios. Juan tenía a Nancy sentada sobre sus rodillas, siempre tapándole la boca abrazándola rudamente.

— ¡Ponía en medio, maldita sea! —exclamó Chema—, ¡A ver si en vez de tocarla a ella te voy a tocar a ti!

— ¡Ay, qué gusto! —puso los ojos en blanco Juan.

Rieron los tres, nerviosamente. Nancy fue colocada entre Juan y Chema, mientras el primero decía:

—Y no grites, niña, o todo va a ser peor. ¿Verdad que lo entiendes?

Nancy Custer miraba, aterrada, de uno a otro hombre desorbitados los ojos. Felipín, al volante, mostraba su pescuezo de toro. Lo de llamarle Felipín debía ser una broma, porque era el más corpulento y, sin duda alguna el más fuerte de los tres. Aunque Chema y Juan no le iban muy a la zaga. Eran tres sujetos fuertes, con cara de guasa, ojos relucientes, manos pecadoras Nancy se encogió, protegiéndose como pudo, y comenzó a sollozar.

Y es que, realmente, una cosa es alegrarle la vida a un hombre que, a su vez, se esfuerza en ser amable y hasta considerado, y otra cosa muy distinta debía ser la de alegrarles la vida a tres ñeras que, por supuesto no debían tener ninguna intención de ser considerados

— ¿Vamos al sitio aquel, junto a la playa?—preguntó Felipín.

—Que sí, hombre —jadeó Chema—, ¡Pero pronto!

—Pos volar no puedo —gruñó Felipín.

Pero, sin volar, llegaron al sitio junto a la playa, que evidentemente, conocían muy bien. Metieron el coche entre un grupo de palmeras, sacaron a Nancy y ¡a empujaron un poco más hacia la playa, donde el terreno era más blandito.

—No —gemía Nancy—. ¡No, por favor, no, no...!

Calla, paloma —rió Felipín—. ¡Pero si sólo queremos hacerte volar!

— ¡En alas del amor! —aseguró Chema.

—No... No, no, no...

Fue derribada de una bofetada, y, en el acto, tres fieras cayeron sobre ella. En un abrir y cerrar de ojos, el vestido de Nancy Custer voló por los aires, convertido en pedazos.

— ¿Qué demonios pasa aquí?

La voz, la pregunta, sonó un poco más allá. Ni siquiera a tres metros. Y, al mismo tiempo, un hombre se ponía en pie. Su voz y su presencia causaron primero sobresalto, luego estupefacción, y acto seguido un clarísimo malhumor. En ese breve espacio de tiempo, junto al hombre inesperado apareció la figura de una muchacha, arrodillándose y cruzando los brazos sobre su pecho, para protegerlo de miradas. El hombre no se molestaba en protegerse nada.

—¡A...guacates! —exclamó por fin Juan—, ¡El sitio está ocupado!

Nancy, que también había quedado un instante paralizada, reaccionó en seguida, reanudando sus gritos, ahora en petición de ayuda. El desconocido se acercó más al grupo. Su figura alta y atlética se recortaba contra la luz lunar que parecía rebotar en el cercano mar.

— ¡Por favor! —gritaba Nancy—, ¡Por favor, ayúdeme! Nancy entendía bien el español, pero lo hablaba fa-tal; aun así, el desconocido tuvo que entenderla, por-que todavía dio otro paso y masculló:

—Cochinos violadores, dejen a la...

Chema se había puesto en pie de un salto, y, mientras el otro hablaba, lanzó el primer navajazo. El acero relució en la luz de tono plateado, velocísimo. Pero más veloz fue el desconocido, que saltó hacia atrás, esquivando el acero. Acto seguido, y mientras Chema se in- clinaba hacia adelante debido al impulso, el otro giró, su pierna derecha se encogió, se distendió en el acto, y Chema lanzó un aullido cuando el pie, en tremendo ushiro geri, se hundió entre sus ingles.

Demudado el rostro, Chema cayó hacia adelante, tras soltar la navaja y llevarse las manos al lugar golpeado. Mientras él caía como un poste, Felipín y Juan se habían puesto rápidamente en pie, y también sus navajas salieron a relucir.

— ¡Ahora vas a ver...! —gruñó Juan.

— ¡Te vamos a cortar los...! —comenzó a añadir Felipín.

El otro ya estaba en el aire, encogidas las piernas, volando hacia Juan, que estaba dando un chillido de sorpresa, de espanto... Ei desconocido terminó impecablemente su yoko tobi geri, disparando su pie derecho y recogiéndolo en el acto, como un latigazo. Juan salió disparado hacia atrás al recibir el tremendo patadón en el pecho, y el desconocido cayó junto a Felipín, encogidas las piernas, flexionadas, de modo que su cabeza quedó a la altura de la cintura de Felipín, que, reaccionando velozmente, lanzó una maldición apoyada con el navajazo que debía decapitar, o poco menos, al desconocido.

Pero, simplemente, éste se echó hacia atrás, rodó sobre su nuca, y tras una vuelta completa agilísima, volvió a quedar de pie, mientras Felipín, tras el desequilibrio, volvía a la carga utilizando ahora la navaja como una espada, dando puntazos hacia el vientre del otro y gritando:

— ¡Acabemos con él!

Chema estaba todavía de rodillas, con las manos en el mismo sitio, Juan estaba ya de pie, con las manos en el pecho, lívido el rostro, sin fuerzas ni para toser. Felipín insistía en sus navajazos, pero, sorprendentemente, el adversario lo esquivó, pareció desentenderse de él, y volvió a la carga contra Juan y Chema, derribándolos de huevo al primero con un ura tsulki de nuevo en el pecho, y al segundo con un mae geri, patadón en pleno rastro que le hizo rebotar sobre sus piernas dobladas y caer de lado.

— ¡Ahora verás! —aprovechó la ocasión Felipín para atacar por la espalda al desconocido.

Este se volvió, efectuando con la velocidad del relámpago el mikazuki geri, la patada en arco a media altura, y la parte lateral inferior de su descalzo pie golpeó en la muñeca de Felipín, que lanzó un alarido y se detuvo en seco..., mientras la navaja era despedida lejos de su alcance.

El desconocido debía saber lo que era el aprovechamiento de la victoria, porque no concedió tregua alguna. Se adelantó, golpeó de nuevo a Felipín, ahora con el puño, en pleno estómago, y acto seguido en la barbilla, derribándolo de espaldas. Felipíin se incorporó... y el mae geri le alcanzó de lleno en el pecho, derribándolo de nuevo, para quedar de espaldas, inmóvil..., mientras su vencedor se volvía, siempre con la velocidad del rayo, hacia Chema y Juan..., que corrían, a trompicones, alejándose de allí, hacia la relativa oscuridad del grupo alargado de palmeras, escapando de aquella ñera que el destino había puesto en su camino, El fantástico vencedor de la desigual pelea, pareció a punto de echar a correr tras ellos, pero cambió de idea en seguida. Se quedó inmóvil unos segundos en kamae, expulsando lentamente el aire, hasta que su estómago quedó tan encogido que la petrificada, pasmada Nancy, creyó que incluso el hombre podía romperse por la mitad. Luego, también lentamente, el estómago comenzó a hincharse, el aire pasó por el pecho, y pareció incluso llegar a los hombros.

Acto seguido, el hombre abrió los ojos, y la miró.

Nancy estaba todavía sentada en el suelo, encogida, con los brazos cruzados sobre el desnudo pecho, igual que la otra muchacha. Sus párpados estaban tan abiertos que se podía pensar que los ojos se iban a desprender de un momento a otro.

— ¿Está usted bien? —preguntó el desconocido, en perfecto inglés.

Nancy Custer no pudo hacer otra cosa más que asentir con la cabeza. El hombre fue a donde yacía Felipín, y le quitó la chaqueta, que tiró hacia Nancy.

—Póngase esto. Y tú, María, vístete.

Nancy miró a la muchacha. Una preciosidad de grandes ojos, largos cabellos sueltos, piel que parecía de cobre a la luz lunar.

— ¿Qué vamos a hacer, Carlos?—preguntó ella, en español.

—Nos vamos, claro.

Nancy se había puesto la chaqueta, y contemplaba ahora cómo Carlos y María se vestían rápidamente. Luego, Carlos se acercó a ella, y le tendió una mano.

—Supongo que no piensa quedarse aquí, señorita.

—No... no, no. ¡Oh, Dios mío...! ¡Le agradezco...!

—Si está rezando, hágalo para usted sola —refunfuñó Carlos—. Y si me lo está agradeciendo a mí, no vale la pena. Sólo ha sido una pequeña tontería ¿Podrá conducir? ¿O no sabe?

—Sí... Estoy... estoy bien, sí, Podré conducir

—Bueno, en ese caso...

—Carlos —llamó María.

El volvió la cabeza. María estaba arrodillada junto al fornido Felipín, y miraba fijamente a Carlos. Este frunció el ceño, se acercó, y se arrodilló también junio a Felipín.

—Me parece que está muerto —oyó Nancy el susurro de María.

Carlos chascó la lengua con disgusto, y Nancy le vio poner una mano en el cuello del otro. Luego le tomó el pulso en la muñeca.

— ¡Maldita sea...! —farfulló finalmente, dejando caer el brazo de Felipín.

— ¿Qué... qué pasa? —tartamudeó Nancy.

La miraron los dos. Luego, se pusieron a cuchichear, tan bajo, que Nancy no pudo entender ni una sola palabra. Se pusieron los dos en pie, y María fue hacia el coche, se sentó ante el volante, puso el motor en mar-coa, y partió. La estupefacta Nancy se volvió a mirar a Carlos. Había creído que Nancy iba a conducir, pero que ellos dos irían también en el coche, claro. Y no. Simplemente, María los había dejado solos.

—Pe...pero...

—María y yo hemos venido aquí con mi lancha —dijo Carlos—. Esta ahí mismo, en la playa. Nos gusta este lugar, así que, a veces, venimos aquí en lugar de hacerlo en el mar. Iremos en la lancha.

—Pero... pero yo... Bueno, tengo... ¡tengo que volver!

—Seguro que sí. Pero primero tendrá que venir conmigo para ayudarme. Este hombre está muerto

— ¡Oh! —gimió Nancy.

Carlos lanzó un refunfuño, se inclinó, alzó a Felipín como si fuese poco

más que-una pluma, y se lo cargó en un hombro. Miró a Nancy.

Venga conmigo. ¿O no quiere ayudarme?

—Yo... Bueno, sí... Creo que debo...

¿Es tartamuda de natural, o se lo enseñaron en alguna escuela especializada?

—No... No, no... Quiero decir que no soy tartamuda, no.

—Pues entonces, hable bien de una puñetera vez. O mejor dicho, cierre la boca y venga conmigo. ¡Vamos!

— ¡Sí, señor, sí...!

Se dirigieron hacia el mar. En efecto, había una lancha en la playa, la mitad en la arena, la mitad en el agua. Carlos tiró a Felipín a la cubierta como si fuese un saco. Luego asió a Nancy por la cintura, la alzo y la depositó, también, en cubierta. Embarco el, y segundos más tarde estaban navegando mar adentro.

— ¿Adónde vamos? —exclamó Nancy.

Carlos ni siquiera la miró. Estuvieron navegando sólo tres o cuatro minutos. Carlos paró entonces el motor, dejando que la lancha continuase con su impulso, cada vez más lento. Mientras tanto, había encontrado un viejo anclote, y, con un cabo, lo ato a los pies de Felipín.

—Venga a sostener esto.

— ¿El... el qué?

—El anclote. Yo sólo no puedo hacerlo todo. Suéltelo cuando yo suelte a este tipo.

— ¿Lo... lo va a tirar... al agua?

—No, si le parece me lo voy a llevar en mi lancha como recuerdo, bien disecado y puesto en proa... ¡Claro que lo vamos a tirar al agua!

—Pero yo... Bueno, creo que deberíamos... avisar a la Policía... Es decir... Bien, quizá sea mejor que no. Sí, es mejor que lo echemos al agua, sí...

—Vaya... Es una chica lista a la que tampoco le gustan los líos, ¿verdad?

Nancy no contestó. Por un instante, había estado a punto de insistir en una gran tontería, que Raymond habría sido el primero en reprocharle. ¿Cómo se

le había podido ocurrir ni siquiera mencionar a la Pollera, estando de por medio Raymond y sus... negocios?

Lo que hizo fue alzar el anclote, y soltarlo cuando Carlos dejó caer a Felipín al agua. Se oyó un chapoteo, V eso fue todo. Entonces, Carlos se volvió hacia Nancy, le puso las manazas en el cuello, y dijo, tranquilamente.

—Y ahora, tú, preciosa.

— ¡Qué...! —respingó Nancy.

—No entiendes nada. ¿Crees que voy a dejarte viva, después de que me has visto matar a un hombre?

— ¡Pero lo ha hecho en legítima defensa...!

—Mira, nena, los tiempos del fabuloso y legendario Far West ya pasaron; esto no es Texas, ¿comprendes? Ahora, si matas a un tipo, te la has cargado, de un modo u otro. ¡Y ya tengo las cosas bastante complicadas en ese sentido para andarme con tonterías! ¿Comprendes?

Las manos de Carlos comenzaron a apretar, sin miramiento alguno, el frágil cuello de la muchacha, que lanzó un alarido y clavó sus uñas en las velludas muñecas.

— ¡Le daré dinero! —chilló—. ¡Le daré mucho dinero!

Carlos dejó de apretar, y frunció el ceño. Luego aflojó la presión, sonriendo.

— ¿Y cuánto es mucho dinero, preciosa? ¿Mil dólares?

—No —jadeó Nancy—. Más... ¡Mucho más!

—Mmmm... ¿Diez mil?

— ¡Le daré cien mil dólares! ¡Cien mil, se lo juro!

Carlos se quedó mirándola atentamente, parpadeando muy despacio. Por fin, masculló:

—No me digas.

—Sí ¡Se los daré! ¡Se los daré en seguida, esta misma noche. Estoy viviendo con un hombre que es millonario, él le pagará esa cantidad, ya lo verá ¡Incluso más... si quiere!

Carlos la soltó, y se rascó la revuelta cabellera.

A ver, explícame qué es eso del millonario y de los cien mil dólares. Quizá lleguemos a un acuerdo. No soy ningún idiota que tire cien mil dólares de cabeza al mar, ¿comprendes? Con cien mil dólares, puedo pegarme la vida padre sin tener que aceptar más trabajitos que... Bueno, explica eso.

Nancy Custer le explicó lo sucedido, así como su situación personal en el yate de un millonario yanqui. Cuando terminó, Carlos volvió a meter su manaza por entre su larga pelambrera, y luego se dio un tirón del frondoso bigotazo.

— ¿Y ese tipo va a pagar cien mil dólares por ti?

—Sí... Sí, los pagará.

—Muñeca, pese a todo eres una soñadora. Le saldría más barato invitar a otra chica al yate.

—No, no. Sé que, a su manera, me quiere. Además, soy buena, amiga de su hija, que viaja con nosotros.

—Pues vaya una moral la de ese sujeto... ¿Ashton?

—Raymond Ashton, sí. Su hija se llama Mildred. Y el yate lleva el nombre de Mildred II. Él tiene tanto dinero que no le dará importancia a los cien mil dólares.

Carlos vacilaba visiblemente, pero, por fin, encogió los hombros, y masculló:

—Está bien, vamos a intentarlo, seguramente, cometo una tontería, pero mi situación actual no está para despreciar esa cantidad Ni cualquier otra, en realidad Bien..., vamos allí. Pero te advierto una cosa: si cuando llegamos junto al yate veo policía por allí, te corto el cuello v volvemos a este lugar. ¿Está claro?

—No... no creo qué Raymond haya recurrido a la Policía... Seguramente, debe estar en el yate, esperando... los acontecimientos. No será él quien llame a la Policía, si puede evitarlo.

— ¿Y eso por qué? Os han asaltado, os han robado, a ti querían forzarte. ¿Por qué crees que él no habrá avisado a la Policía?

—Porque tampoco le gustan las complicaciones,

— ¡Ah, ya! Bueno, no entiendo nada, pero sí entiendo que me vas a dar cien mil dólares, así que te diré lo que vamos a hacer: Te voy a dejar en el embarcadero, cerca del Mildred II, y tú vas a ir al yate. Si tu amiguito no está,

lo esperas. Si está, le dices que quiero ese dinero, o todos vamos a tener disgustos. ¿Está claro?

—Sí... Sí, sí. ,

—Y dile que tenga cuidado con las tonterías que se le ocurran, pues de Carlos Cervantes todavía no se ha pitorreado nadie. ¿Entendido, muñeca?

—Sí.

—Pues vamos allá.

CAPITULO II

En lugar de ver salir del yate a Nancy, Carlos Cervantes vio salir a tres hombres, uno de mediana estatura y bastante barrigón y los otros dos altos y fuertes, impresionantes. Aunque seguramente, no tanto como Carlos Cervantes; éste llevaba solamente unos pantalones blancos, camiseta a rayas blancas y azules horizontales, y una gorra de yachtman, vieja y mugrienta; descalzo. Se veían sus pies como si fuesen de granito, sus manos de nudillos gruesos y salientes, y a cada gesto vibraba la musculatura en su pecho, cuello, brazos, antebrazos...

Los tres hombres se detuvieron, poco después, delante de la lancha de Carlos Cervantes, un tanto indecisos después de recorrer decididamente aquella parte del embarcadero. Pero su indecisión duró poco. No podían equivocarse: a aquella hora de la noche, casi la una de la madrugada, era poco probable que la presencia de un hombre esperando sentado en la borda de la lancha fuese casual. Tenía que ser él la persona que estaban buscando.

— ¿Señor Cervantes? —preguntó el más bajo y grueso de los tres hombres.

—Suba a bordo, señor Ashton... Usted solo.

Raymond Ashton pasó a bordo... pero no solo. Tras él, lo hicieron los dos sujetos, a los que Carlos contempló un instante con el ceño fruncido.

—No se preocupe —dijo amablemente Ashton, en aceptable español—. Hemos venido con ánimo amistoso, señor Cervantes.

—Ya. ¿Son sus guardaespaldas?

—Por supuesto.

El bigotudo mexicano movió la cabeza con un gesto que denotaba incomprensión.

—Usted no debe ser muy listo, señor Ashton. O quizá yo sea el tonto, pero le aseguro que si yo tuviese dos guardaespaldas, esta noche no me habrían asaltado tres desgraciados.

—Tiene razón —masculló Ashton—. Pero, simplemente, Nancy y yo fuimos a distraernos un rato, y me pareció que no valía la pena hacerse notar en un sitio donde nadie me conoce... Lo de un asalto por tres desdichados era imprevisible. Y por otra parte, Liddell y Donovan estaban mejor en el yate, donde se quedó mi hija.

—Bueno —sonrió Carlos—, eso significa que usted no es tonto. Me

alegro. ¿Ha traído el dinero?

Ashton se echó a reír, secundado por sus guardaespaldas.

—Es usted un tipo con la cara muy dura, señor Cervantes —opinó Ashton —. Estoy seguro de que ha comprendido que en las actuales circunstancias, yo sería un tonto si optase por pagarle esa cantidad.

— ¿Quiere decir que Nancy no vale ese dinero para usted?

—Pues... Hombre, más o menos. Es una preciosa muñequita con la que se pasa muy bien, se lo garantizo. Pero, aunque yo estuviese dispuesto a pagar por ella un millón de dólares, usted sabe que ya no tendría por qué hacerlo. Me bastaría decirles a Liddell y Donovan que le diesen a usted una buena lección, y asunto concluido. Usted ha comprendido perfectamente esto, pero, como es un caradura, insiste con toda desfachatez por si yo soy lo bastante tonto de cumplir lo pactado con Nancy.

—Ya sé que no es tonto —hizo Carlos un simpático gesto de resignación —. En fin, mala suerte. Parecía un buen negocio para mí. Espero que no me guarde rencor. Y pienso que quizá usted también habría querido aprovechar la ocasión de ganar cien mil pavos.

— ¿Hay alguien dentro de la lancha? —señaló Ashton la doble puerta de la cabina.

—No.

— ¿Ni siquiera una muchacha llamada María?

— ¡Oh, no! A ella le dije que se fuese, que dejase el coche por ahí, y que se esfumase, que ya la llamaría.

—Entiendo. Me gustaría hablar con usted ahí dentro. Los dos solos.

Carlos Cervantes frunció el ceño, estudió durante unos segundos .las expresiones de los tres hombres, y, por fin, señaló hacia la doble puerta, fue allá, y entró manteniendo abierta una de las hojas.

La cabina era algo así como la guarida de un tigre.... al que le gustasen mucho las tigresas. Había un desorden muy peculiar, con un indefinible ambiente viril al primer vistazo, y que- se confirmaba al ver las paredes completamente empapeladas con grandes fotografías de chicas de las .que salen, por ejemplo, en la revista. Play-boy, tan desnuditas ellas. Era todo un harén. Además de esto, había una litera doble, una pequeña cocina, un servicio, y una estantería con libros y más revistas; junto a ésta, un pequeño armario.

Carlos alzó la litera superior, y señaló la inferior a Raymond Ashton, sentándose luego a su lado. Ashton sacó un estuche con cigarros habanos, y ofreció a Carlos, .que se apresuró a aceptar; Ya echando humo, se quedó mirando éste, y masculló-:

—Huele mejor que una chica desnuda.

—Y son más baratos —rio Ashton.

—No para mí —negó el mexicano—. Los cigarros tengo que comprarlos, pero las chicas tengo que apartarías a patadas. Claro, a usted esto debe parecerle una fanfarronada.

—Claro que no —aseguró Ashton—. Es usted un tipo interesante, señor Cervantes. Y juraría que, en efecto, no es tonto.   .

—Más bien soy listo —admitió Carlos, sonriendo maliciosamente—. Pero no tengo dinero para comprarme estas bagatelas. ¿Qué gusano tiene usted en el trasero, señor Ashton? —añadió.

— ¿Qué? —respingó éste.

—Quiero decir que qué bicho le pica... Que qué quiere usted de mí, hombre.

— ¡Ah! ¡Bien! ¿Le gustaría ganar doscientos cincuenta mil dólares?

— ¿A quién hay que matar? —sonrió Carlos, como siguiendo la broma.

—A tres hombres.

El mexicano se quedó mirando al yanqui.

—No es una broma, claro.

—No. Las bromas ya han terminado.

—Doscientos cincuenta mil —se tensó la voz de Carlos—. Mire, señor Ashton, voy a decirle la verdad: no quiero meterme en más líos, de modo...

—Por lo que me ha contado Nancy, entiendo que, en efecto, esto no sería una novedad para usted. Pero, señor Cervantes, sólo los tontos se meten en líos. Y ya hemos quedado en que ni usted ni yo somos tontos. Los tontos hacen las cosas mal; los listos, las hacen siempre tan bien, que no se meten en líos. Y por otra parte, las cosas deben hacerse de tal modo que no sólo no hayan complicaciones, sino que todo parezca casual..., accidental, usted ya me entiende.

— ¿Sus hombres no pueden hacer ese trabajo?

—Podrían hacerlo. Pero desde el primer momento tenía pensado no utilizarlos. Por eso estaba esperando a unos sujetos de mi país, especialistas en estos asuntos, que se encargarían del trabajo. No quiero que se pueda ni siquiera llegar a pensar que yo he tenido algo que ver. Por eso, prefiero extraños, gente no relacionada conmigo.

—Pero si ya ha contratado gente en Estados Unidos...

—El contrato puede deshacerse con una pequeña prima de compensación. Después de que Nancy me ha hablado de usted, mis planes han... mejorado. Usted tiene, al parecer, más rabo que un toro, y parece que no utiliza armas. Es decidido, toma iniciativas rápidamente, no necesita consultar con nadie para resolver sus problemas. Problemas que siempre pueden presentarse. Si eso sucediera, mis elementos contratados quizá reaccionasen de modo inadecuado. Usted, no. Usted sabrá resolver sus propios problemas sin ayuda de nadie. ¿Es así?

—Usted quiere decir que si acepto el trabajo, tendré que arreglármelas solo, en adelante, sin complicarle a usted la vida en lo más mínimo.

—Naturalmente. De otro modo, usted no me interesaría en lo más mínimo.

—Y usted piensa que un nativo que no utiliza armas, que tiene más rabo que un toro y que sabe bailar solo, es la persona ideal para ese triple asesinato.

—Exactamente. Aunque los otros llegasen a realizar el trabajo sin que se me pudiese relacionar con el asunto, siempre se podría saber, cuando menos, que eran yanquis. De aquí podría partir la primera sospecha. En cambio, un mexicano cualquiera, un tipo sin armas, desconocido completamente en estos ambientes en Estados Unidos... Perfecto. Ideal, señor Cervantes.

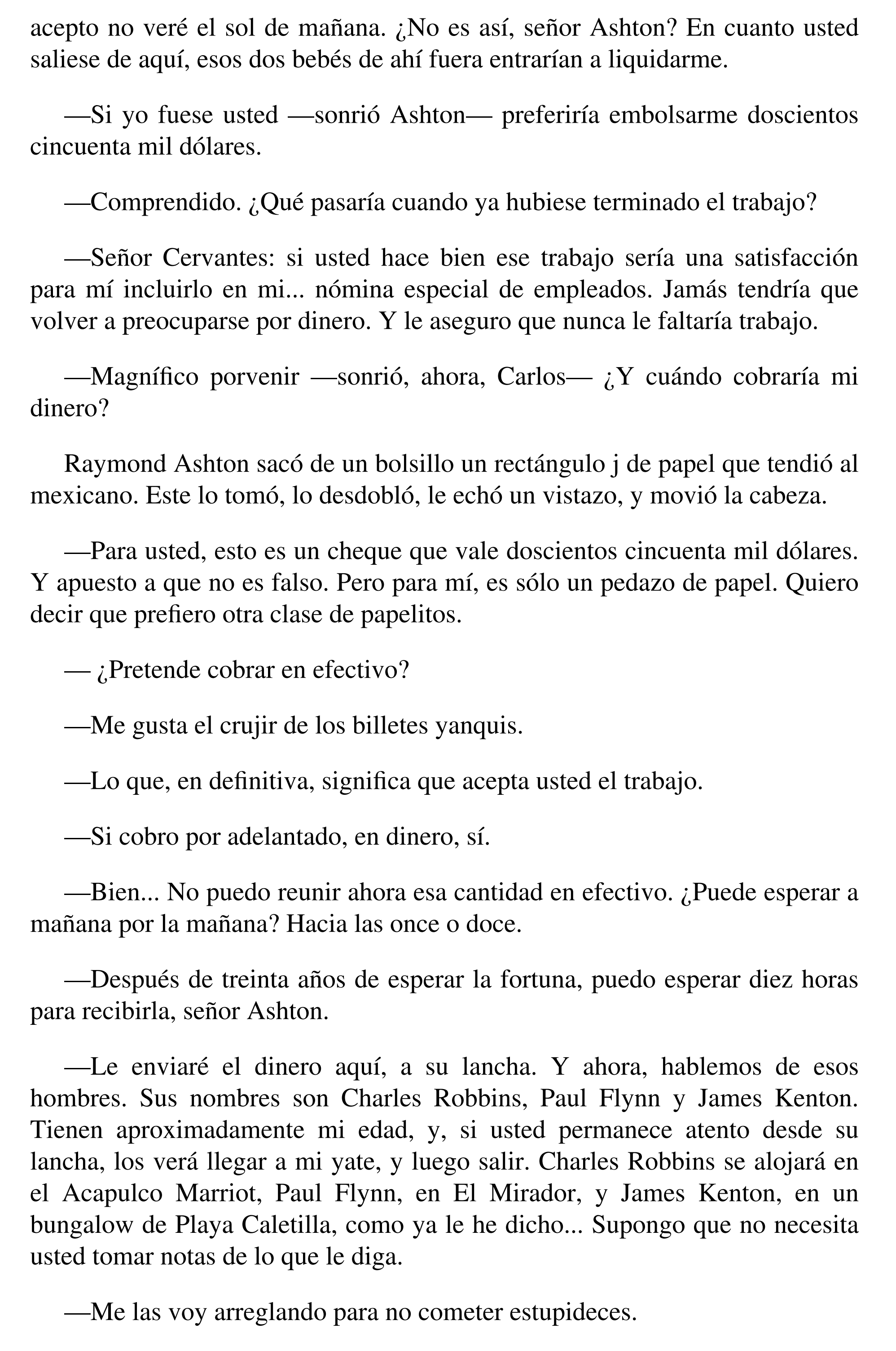
— ¿Quiénes son los homenajeados?

—Mañana, o pasado, llegarán a mi yate. Igual que yo, traerán sus guardaespaldas, así que deberá tener mucho cuidado. No se engañe a sí mismo, no se sobreestime, ¿comprende? Llegarán de Estados Unidos, concretamente de Nueva Orleans, Denver y Nueva York. Se alojarán por separado: uno en el hotel El Mirador, otro en el Acapulco Marriot, y otro en un bungalow de Playa Caletilla.

—Lo que significa que son tres peces gordos..., como usted.

—Sí. ¿Le preocupa eso?

—Me preocupa el hecho de que, después de esta conversación, si yo no



acepto no veré el sol de mañana. ¿No es así, señor Ashton? En cuanto usted saliese de aquí, esos dos bebés de ahí fuera entrarían a liquidarme.

—Si yo fuese usted —sonrió Ashton— preferiría embolsarme doscientos cincuenta mil dólares.

—Comprendido. ¿Qué pasaría cuando ya hubiese terminado el trabajo?

—Señor Cervantes: si usted hace bien ese trabajo sería una satisfacción para mí incluirlo en mi... nómina especial de empleados. Jamás tendría que volver a preocuparse por dinero. Y le aseguro que nunca le faltaría trabajo.

—Magnífico porvenir —sonrió, ahora, Carlos— ¿Y cuándo cobraría mi dinero?

Raymond Ashton sacó de un bolsillo un rectángulo j de papel que tendió al mexicano. Este lo tomó, lo desdobló, le echó un vistazo, y movió la cabeza.

—Para usted, esto es un cheque que vale doscientos cincuenta mil dólares. Y apuesto a que no es falso. Pero para mí, es sólo un pedazo de papel. Quiero decir que prefiero otra clase de papelitos.

— ¿Pretende cobrar en efectivo?

—Me gusta el crujir de los billetes yanquis.

—Lo que, en definitiva, significa que acepta usted el trabajo.

—Si cobro por adelantado, en dinero, sí.

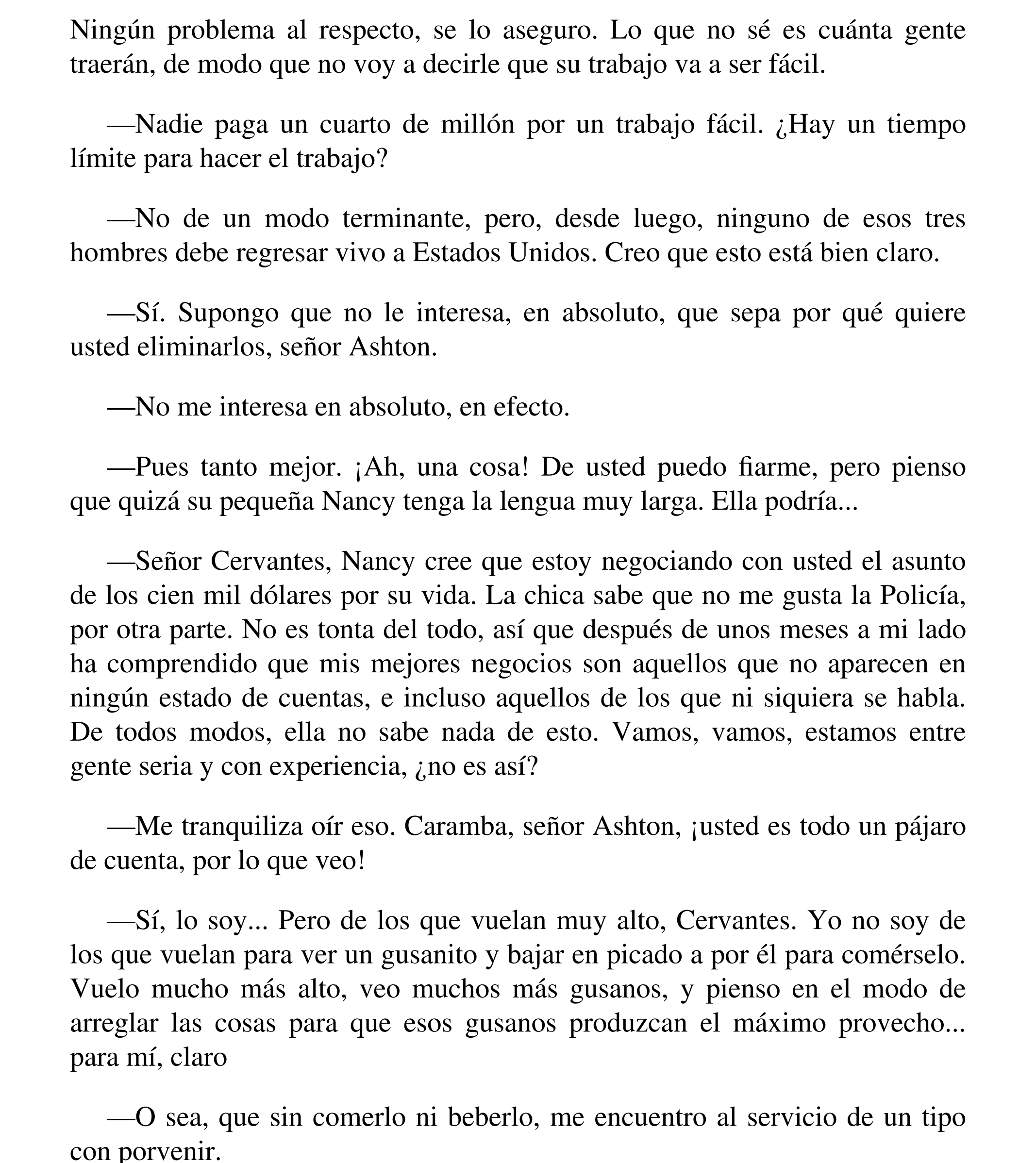
—Bien... No puedo reunir ahora esa cantidad en efectivo. ¿Puede esperar a mañana por la mañana? Hacia las once o doce.

—Después de treinta años de esperar la fortuna, puedo esperar diez horas para recibirla, señor Ashton.

—Le enviaré el dinero aquí, a su lancha. Y ahora, hablemos de esos hombres. Sus nombres son Charles Robbins, Paul Flynn y James Kenton. Tienen aproximadamente mi edad, y, si usted permanece atento desde su lancha, los verá llegar a mi yate, y luego salir. Charles Robbins se alojará en el Acapulco Marriot, Paul Flynn, en El Mirador, y James Kenton, en un bungalow de Playa Caletilla, como ya le he dicho... Supongo que no necesita usted tomar notas de lo que le diga.

—Me las voy arreglando para no cometer estupideces.

—Magnífico. Son inconfundibles. Aunque lleguen acompañados al Mildred II, usted sabrá quiénes son ellos y quiénes sus guardaespaldas.



Ningún problema al respecto, se lo aseguro. Lo que no sé es cuánta gente traerán, de modo que no voy a decirle que su trabajo va a ser fácil.

—Nadie paga un cuarto de millón por un trabajo fácil. ¿Hay un tiempo límite para hacer el trabajo?

—No de un modo terminante, pero, desde luego, ninguno de esos tres hombres debe regresar vivo a Estados Unidos. Creo que esto está bien claro.

—Sí. Supongo que no le interesa, en absoluto, que sepa por qué quiere usted eliminarlos, señor Ashton.

—No me interesa en absoluto, en efecto.

—Pues tanto mejor. ¡Ah, una cosa! De usted puedo fiarme, pero pienso que quizá su pequeña Nancy tenga la lengua muy larga. Ella podría...

—Señor Cervantes, Nancy cree que estoy negociando con usted el asunto de los cien mil dólares por su vida. La chica sabe que no me gusta la Policía, por otra parte. No es tonta del todo, así que después de unos meses a mi lado ha comprendido que mis mejores negocios son aquellos que no aparecen en ningún estado de cuentas, e incluso aquellos de los que ni siquiera se habla. De todos modos, ella no sabe nada de esto. Vamos, vamos, estamos entre gente seria y con experiencia, ¿no es así?

—Me tranquiliza oír eso. Caramba, señor Ashton, ¡usted es todo un pájaro de cuenta, por lo que veo!

—Sí, lo soy... Pero de los que vuelan muy alto, Cervantes. Yo no soy de los que vuelan para ver un gusanito y bajar en picado a por él para comérselo. Vuelo mucho más alto, veo muchos más gusanos, y pienso en el modo de arreglar las cosas para que esos gusanos produzcan el máximo provecho... para mí, claro

—O sea, que sin comerlo ni beberlo, me encuentro al servicio de un tipo con porvenir.

— ¡Y con presente! —rio Ashton—. Bien, todo entendido. Mate a los tres de modo que jamás se le ocurra a nadie que hayan sido asesinados, y, mucho menos, que esas muertes puedan tener algo que ver conmigo. En cuanto a mí, salvo circunstancias muy especiales, no me conoce. Y no se preocupe por lo que yo haga o diga o deje de hacer o de decir Usted tiene sus órdenes, así que limítese a su trabajo sin preocuparse por nada más. Vamos a ser como dos frentes diferentes, sin conexión de ninguna clase. No quiero parecerle pesado, sólo quiero que esto quede bien claro.

—Ha quedado bien claro.

—Pues fin de la conversación. ¡Ah, sí!, otra cosa. No es por el valor de lo que nos robaron aquellos desgraciados a Nancy y a mí, pero me gustaría que si los vuelve a ver. Bueno, creo que me agradaría recuperarlo todo, y sobre todo, saber que se han ido al fondo del mar con... ¿Felipín?

—Sí —rio Carlos—, Según me contó Nancy, uno de ellos se llamaba Felipín; ése es precisamente el que está en el fondo del mar. Y los otros se llaman Chema y Juan. Si los vuelvo a ver los saludaré de parte de usted, señor Ashton.

—Eso es —sonrió Raymond Ashton.

Se dirigió hacia la salida, echando un último vistazo a las fotografías de las chicas desnudas, y riendo, cuantío Carlos ofreció:

—Si le gusta alguna en especial tendré mucho gusto en regalársela, señor Ashton.

—No —rechazó el norteamericano—; me gustan las chicas, pero las de verdad.

— ¡Toma, y a mí! Pero hay que sabor ambientarse, ¿no cree?

—La idea es buena ¡Ah, una última cosa! —dijo Ashton, dándose una palmada en la frente, como quien ha olvidado algo que en el fondo, no tiene mucha importancia—, cada uno de sus homenajeados, como usted dice, es propietario de una pequeña libreta, o quizá unas páginas con una serie de nombres ingleses. Debe usted agenciarse esas listas de nombres y entregármelas.

— ¡Eso ya es más complicado! —exclamó Carlos.

—Tonterías Estoy seguro de que un hombre como usted no va a tener problemas, Cervantes.

—Pero esas libretas pueden tenerlas escondidas en alguna parte que..

—No, no, no. Cada uno de ellos, mientras esté en México, llevará encima esa libreta, o la lista. Se lo garantizo.

—Bien... Bueno, francamente... Está bien.

—Estupendo.

Carlos Cervantes salió con Ashton. Regresó al interior de la cabina segundos más tarde, fue a tumbarse en la litera, y se quedó, mirando de nuevo el azulado aromático humo del habano.

—Es la cosa más idiota del mundo: convertir el dinero en humo. Claro que si vamos a mirar —continuó hablando consigo mismo—, en algo más feo se convierte la comida, después de digerirla. Pero la comida sirve para mantenemos vivos mientras que el humo, nos acorta la vida.

CAPITULO III

La vida es hermosa, sí, señor.

Por lo menos, en Acapulco, bajo el tibio sol, flotando en el mar azul, viendo la línea pura del horizonte. Y los hermosos yates, las verdes palmeras, el cielo de un azul nítido, las chicas bonitas que pasaban por delante del embarcadero.

Y las que estaban en un yate, también.

Por ejemplo, aquella rubita con carita de ángel y cuerpo de figura de porcelana. ¡Cómo estaba la niña, Guadalupe! Para Carlos Cervantes, que en esta materia era todo un experto desde los catorce años, la niña del yate que llevaba el nombre de Stranger era de lo más apto para el mordisco caprichoso... Lo de caprichoso tenía una explicación muy fácil: cualquier manjar tiene siempre su parte más apetecible, y hay que saber elegirlo para atizar allí el mordisco; la niña aquella, no; la niña aquella estaba tan requetebuena que lo mismo daba morderla en un sitio que en otro, o sea, que se atizaba el mordisco a lo caprichoso, y que los dientes cayesen donde quisieran.

—Está más buena que la leche de vaca —se dijo Carlos.

Pero, eso sí: la niña lo tenía ya más que mosqueado. Claro que él podía estar equivocado, y todo podía ser puritita casualidad, pero habría jurado que, sentada en la borda del espléndido yate, la niña se estaba dedicando a tomarle fotografías a él. Tenía en las manitas una cámara fotográfica con teleobjetivo, y del cuello le colgaban unos prismáticos con los que, de cuando en cuando (¿o se estaba equivocando él?), le echaba un detenido vistazo. Luego, ¡clic-clac!, la niña disparaba otra fotografía, y se quedaba tan campante.

Sí, señor, estaba ya más que mosqueado. Estaba cabreado, para hablar en plata. Pero no sabía con seguridad si el cabreo era porque la niña le estuviese tomando fotografías, o porque él se estaba equivocando y, en realidad, ella ni siquiera le había visto a él, aunque pareciera lo contrario.

A fin de cuentas, había allí muchas cosas para fotografiar, y eso de las fotos les encanta a los yanquis. Toman una cámara, se la cuelgan del pescuezo, y, ¡hala!, ya están listos para viajar por el mundo.

—Lo que voy a hacer —reflexionó el mexicano— es comprarme yo una cámara, para hacerle fotografías a ella. Pero, claro, así no vale la pena. Claro que el bikini que lleva es más pequeño que mi ombligo, pero está vestida. No sé si aceptaría pasar a formar parte de mi colección... ¿Qué pierdo preguntándoselo?

La miró más detenidamente, y movió la cabeza. No. Seguramente, la niña rubia (¿cuántos años debía tener? ¿Veinte?) no aceptaría posar desnudita para él. ¿O quizá sí? La vida tiene tantas sorpresas...

Otra rubia apareció en el campo visual de Carlos Cervantes. A ésta la conocía: Nancy. La muñequita llegaba caminando por el embarcadero, y de su manita izquierda pendía un portafolios. Era una preciosidad, un encanto. Vestía shorts blancos, una blusita azul, y unos zapatos de paja o algo así, tan altos, que parecía que caminase sobre zancos. Eso sí: se le veían unas piernotas tremendas. Y todo lo demás de Nancy también era tre- mendo... La mirada de Carlos fue de la rubia del Stranger a la del Mildred. II. Nancy era un poco mayor. Casi vieja: veinticinco años. Desde luego, tenía más carnes, aunque no demasiadas, pero la otra... ¡Ah, la otra era porcelana pura, sí, señor! Tenía los ojos tan grandes que Carlos casi podía verlos perfectamente desde su lancha...

—Buenos días, Carlos.

—Muy buenos días, Nancy —saludó militarmente Cervantes—. ¿Qué...? ¿Dando un paseo?

—Te traigo un recado del señor Ashton —rio ella, alzando un poco el portafolios.

—Y según parece, eso te hace feliz, ¿eh?

—Siempre es agradable saber que a una la saben valorar, aunque sólo sea en cien mil dólares.

—Si quieres, le pido un millón.

—No —rio Nancy—. Es mejor que no abusemos. ¿Cómo se sube a bordo?

—Da un saltito, preciosa. Las patas sirven también para eso.

Nancy dio el saltito. Llevando unos zapatos con aquellos tacones, esto parecía una imprudencia, pero, evidentemente, la preciosa Nancy había hecho ya sus cálculos..., que no fallaron; al caer en la cubierta, perdió el equilibrio, pero, en efecto, allá estaban los fuertes brazos del mexicano, que la sujetaron muy amablemente.

— ¡Qué esponjosa estás, cachonda! —masculló Carlos.

Ella, todavía entre los brazos de él, alzó el rostro.

— ¿Me invitas a café? —murmuró.

— ¿Con leche o sin leche?

—A mí no me gusta mezclar las cosas.

—Bueno, en ese caso, la primera te la daré aparte. Pasa, golosa.

Mientras Nancy entraba en la cabina-vivienda, Carlos dirigió una mirada de reojo hacia el Stranger. Y, claro, allá estaba la niña tomando otra fotografía. Parecía relucir como algo maravilloso al sol de la mañana. Era rubia, sí, pero tenía las carnecitas muy bronceadas, casi color tabaco. Debía pegarse la vida padre, claro, sin más compromisos que tomar el sol día y noche... ¡Qué tontería, tomar el sol de noche...! De todos modos, había una duda en la mente de Carlos Cervantes: puesto que la chica era rubia, se la podía llamar rubia, pero, puesto que de piel estaba tan morenaza, habría que llamarla morena, así que... ¿en qué quedaba el asunto? ¿Rubia o morena? Decididamente, las mujeres sólo le buscan a uno complicaciones.

Y si no, allá estaba Nancy, que nada más entrar se había quitado la blusita, y exclamaba ingenuamente:

—Qué calor hace, ¿verdad, Carlos?

—Habrá que llamarte Nancy La Rápida —sonrió Cervantes—, Y pienso que al señor Ashton no le gustaría que tuvieses tanto calor.

—Es que el señor Ashton no va a enterarse..., supongo. Este es un sitio muy agradable. Lástima que tengas tantas fotografías estúpidas.

—Por el contrario, son inteligentísimas —frunció el ceño Carlos, tras un vistazo a su harén de papel—. Y te diré por qué: porque siempre están calladitas. Las mujeres sólo tienen que abrir la boquita para comer y para besar.

—Yo no tengo apetito, ahora —dijo Nancy,

Y se quedó con la boca abierta. Cervantes sonrió, aunque todavía con el ceño fruncido; se acercó a la mu- chacha, ella cerró los ojos... y él le quitó el portafolios de la mano. Nancy abrió los ojos, sobresaltada, y, en seguida, decepcionada, al ver que Cervantes se había sentado en el borde de la litera, como si ella no estuviese allí. El mexicano abrió el portafolios, sacó unos cuantos fajos de billetes, hizo un gesto como de admiración, y volvió a guardarlos, cerrando en seguida el portafolios.

— Entonces..., ¿café solo? —preguntó.

—Invítame a lo que quieras.

—Algo que sea breve —reflexionó él—. No quisiera que el señor Ahston pensase cosas pecaminosas.

—El señor Ashton no está en el yate, ahora, así que no podrá pensar nada.

—Sí, ya vi que se marchaba, con sus dos amiguitos. Debe ser un hombre muy ocupado.

—Así es —asintió Nancy—. En cambio, yo no tengo nada que hacer esta mañana, hasta la hora del almuerzo.

—Es decir, hasta dentro de un par de horas o así.

—O así —asintió Nancy, con un suspiro, tendiendo los bracitos.

—Entonces..., ¿no quieres café?

—No seas tonto —susurró ella.

Carlos Cervantes rodeó con sus brazos la fina cintura de la muchacha, y la apretó suavemente contra su pecho, que parecía de piedra. Nancy dejó escapar otro suspiro, y él se inclinó sobre la anhelante boquita.

¡Plom!, sonó el golpe en la cubierta de la lancha, y ésta osciló suavemente.

— ¿No hay nadie? —llegó la voz femenina.

Nancy emitió un gemido ahogado, y se apartó de Carlos, sobresaltadísima.

— ¡Es Mildred! —jadeó—. ¡La hija de Raymond!

— ¿Y qué hace aquí? —se pasmó Carlos.

— ¡No lo sé!

— ¿Hay alguien a bordo? ¿Puedo entrar? pregunto la misma voz femenina, en cubierta. ,   . .

Carlos Cervantes fue, en efecto, de decisiones rápidas: abrió el pequeño armario, empujo adentro a Nancy y cerró la puerta. Fue cuestión de un segundo que la muchacha que apareció en el camarín no viese a Nancy. Sólo vio a Carlos, delante del armario, apartando la mano de la puerta.

— ¡Hola! —saludó alegremente—. No sé si me ha oído usted, señor Cervantes. He estado...

—La he oído —asintió Carlos—, pero estaba terminando de vestirme, y me disponía a salir a cubierta ahora.

—Pues ya no es necesario —sonrió la muchacha—.

Podemos conversar aquí. Hace más calor que afuera, pero se está más



tranquilo... Nancy tuvo razón.

— ¿Nancy? ¿En qué tuvo razón?

—Soy Mildred Ashton. Nancy dijo que era usted todo un tipazo. Tantas cosas me ha dicho que he querido... conocerlo de cerca. Muy de cerca.

Carlos Cervantes contemplaba atentamente a la hija de Raymond Ashton. Para variar, ésta era pelirroja, pero, ciertamente, tan bonita, o más, que Nancy. Y parecía algo más joven..., aunque un poco mayor que la rubia del Stranger. ¡Qué barbaridad, la de chicas preciosas que cabían en unos pocos metros cuadrados...!

—Pues todavía puede acercarse algo más —dijo Carlos.

Mildred Ashton sonrió de nuevo, se acercó más, se colgó del cuello del mexicano, y le besó en los labios. Era cierto: allí dentro hacía más calor que afuera, pero se estaba más tranquilo. Al menos, la chica del Stranger no podría tomar aquella foto. Aunque eso de que hacía más calor allí que afuera, podía ser objeto de seria discusión: Carlos Cervantes se sentía como envuelto en una bola de fuego mientras correspondía al beso de la preciosa pelirroja. El sol daba en el cristal plástico que, a media altura del camarín, permitía ver la cubierta de la lancha, por proa, y allí parecía convertirse en un estallido de oro ardiente...

Mildred tuvo que apartar por fin su boca; esperó unos segundos a recuperar el aliento, y entonces preguntó:

— ¿Se puede estar más cerca todavía?

—Todavía mucho más —susurró Cervantes.

— ¿No ha venido Nancy por aquí?

—Ha venido, me ha dado un recado, y se ha marchado.

—Estupendo. No quise salir a cubierta del yate por- que si me veía allí, me habría pedido que fuese con ella a dar el paseo que tenía proyectado. Sé que papá tardará en volver, y que Nancy también tardará, aprovechando su soledad para lucir sus encantos a solas por Acapulco... Así que me he escondido, he esperado, y... ¡aquí estoy!

—Estupendo —sonrió Carlos—. Y ahora..., ¿qué hacemos?

Mildred Ashton se echó a reír.

—Como quiera que a mí me gustan las cosas claras, te diré que sé perfectamente que trabajas para mi padre. Mi padre me lo cuenta todo,

¿sabes?

—Es un buen padre —elogió Cervantes.

—Y he pensado que si trabajas para mi padre, pues...también trabajas para mí.

—Muy sensato: si un vasallo está a las órdenes del rey, es lógico que esté a las órdenes de la princesa.

—Delicioso —rio Mildred.

— ¿Alguien le ha dicho alguna vez a Su Alteza que está para comérsela? —inquirió Carlos.

—Con otras palabras, pero me lo han dicho. Pero si me comes desapareceré, y no podremos volver a vemos.

—Cierto: Su Alteza se convertiría en algo peor que el humo del tabaco.

— ¿Qué quieres decir?

—Me estoy preguntando cuál es el motivo de la visita de Su Alteza.

— ¡Oh...! Bueno, es simple: he venido para conocerte, y saber si, realmente, valía la pena quedarse un rato contigo. ¡Una se aburre tanto lejos de su ambiente...!

* * *

— ¿Te has aburrido?

—Te aseguro que no —sonrió Mildred—, el café estaba delicioso.

— ¡Ah! —se pasmó Carlos—, ¿Hemos tomado cafe?

La muchacha se echó a reír, terminó de pasarse el jersey por la cabeza, y se dirigió hacia la salida del camarín, volviendo la cabeza.

—Hablas lo bastante bien el inglés para comprender que has estado mucho tiempo en Estados Unidos. ¿Cierto?

—Ciertísimo.

—Bueno, en ese caso creo que te adaptarás bien si vuelves por allá, para pasar una temporada conmigo.

—Digamos —reflexionó Cervantes— que piensas llevarme al Norte como si fuese un recuerdo de México.

—Pero no antes de que hayas terminado el trabajo que te ha encargado papá, querido mío.

—Ya. ¿Se te ha ocurrido que tu visita ha sido una indiscreción? Tu padre no quiere que nos relacionemos absolutamente para nada, y en cambio, tú has venido aquí, tan campante...

—Tonterías —imitó Mildred a su padre—, ¿Quién habría de fijarse en una muchacha que visita a un muchacho en su lancha?

Carlos Cervantes estuvo a punto de dar una réplica en verdad contundente a Mildred Ashton, pero optó por callar. Casi siempre se está a tiempo de decir algo, pero nunca se puede conseguir recuperar algo que se ha dicho.

Y si lo hubiese dicho, no se habría equivocado. Cuando Mildred se marchó, Carlos, que no salió a cubierta con ella, sí miró en cambio por entre la estrecha abertura de la doble puertecilla, hacia el yate Stranger. Y, en efecto, allá estaba la rubia morena, sentada en la borda, tomando otra fotografía. Bueno, habría que tomar decisiones al respecto.

Esperó a estar seguro de que Mildred se había alejado, y entonces abrió el pequeño armario, donde Nancy estaba encogida, muy pálida. Carlos la agarró de un brazo, y la ayudó a salir, lo que Nancy hizo con cierta dificultad, como encogida.

—Deberías hacer un poco de gimnasia, ahora: es bueno para dar elasticidad al cuerpo. ¿Café?

— ¡Vete a la...!

— ¡Vamos, vamos! —le dio unos cachetitos Carlos—. No seas vulgar, Nancy. ¿Quizá prefieres leche?

— ¡Cerdo!

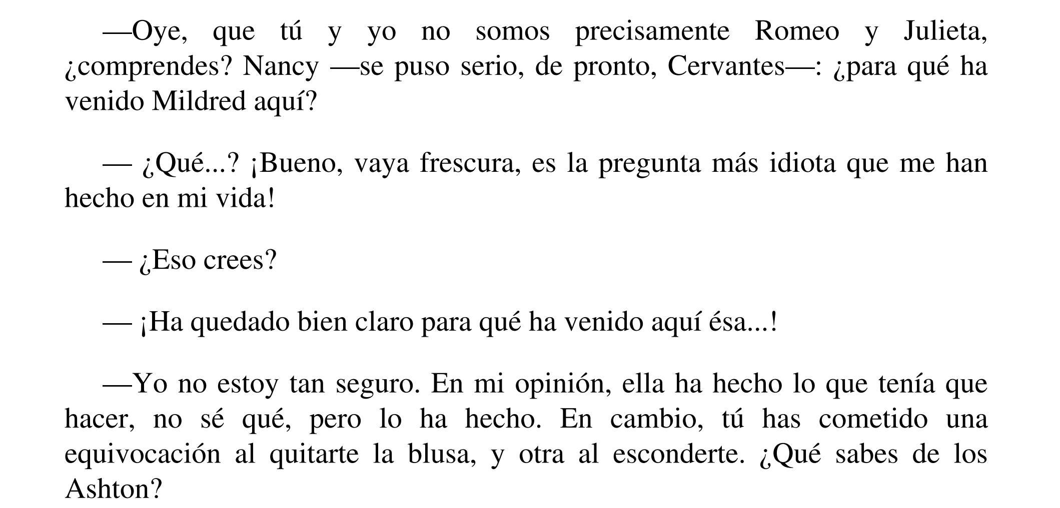
Cervantes se rascó la coronilla,

—Las mujeres sois bien extrañas, francamente. ¿Qué crees que podía hacer? Además, si no te gustaba, podías haber salido, y habríamos jugado los tres al ping-pong.

— ¡Me voy! —casi gritó Nancy—, Dame mi blusa. ¡Oh,..! ¡Mildred debe haberla visto!

—Es posible —asintió plácidamente el mexicano—. Yo la oculté, pero ignoro si lo hice a tiempo. Aquí la tienes. — ¿Te ayudo?

— ¡No me toques!



—Oye, que tú y yo no somos precisamente Romeo y Julieta, ¿comprendes? Nancy —se puso serio, de pronto, Cervantes—: ¿para qué ha venido Mildred aquí?

— ¿Qué...? ¡Bueno, vaya frescura, es la pregunta más idiota que me han hecho en mi vida!

— ¿Eso crees?

— ¡Ha quedado bien claro para qué ha venido aquí ésa...!

—Yo no estoy tan seguro. En mi opinión, ella ha hecho lo que tenía que hacer, no sé qué, pero lo ha hecho. En cambio, tú has cometido una equivocación al quitarte la blusa, y otra al esconderte. ¿Qué sabes de los Ashton?

— ¡Oye...!

—Me refiero a cómo crees que reaccionaría el señor Ashton si supiese que tú habías estado aquí, escondida.

Nancy Custer palideció y abrió mucho los ojos.

— ¿Se lo vas a decir tú? —se tensó su voz.

—Eso es una estupidez, tesoro.

—Entonces.., ¿por qué tiene que saberlo? ¡Adiós!

—No hagas más tonterías. Quédate aquí, zarparemos, y te dejaré en otro lugar donde no puedan verte desembarcar desde el Mildred II. Y no te olvides de decir que estuviste paseando. ¿O mi idea te parece mala?

—No... No.

—Ahora funciona bien tu calabaza. Quédate aquí, de momento.

Cervantes salió a cubierta, muy tranquilo, con aspecto aburrido. ¡Y dale...! Allá estaba la chica del Stranger todavía, con su hermoso pelo rubio, su deliciosa piel morena..., y su cámara fotográfica con teleobjetivo.

Carlos Cervantes puso la lancha en marcha, y zarpó mar adentro.

Regresó casi una hora más tarde, después de dejar a Nancy en una parte alejada de Costera Miguel Alemán, tomándoselo con mucha calma. La rubita del Stranger no estaba a la vista, y eso le decepciono. Tampoco se veía a nadie en la cubierta del Mildred II, que estaba un poco más allá del Stranger, es decir, que este se hallaba entre el yate de los Ashton y su lancha. Estratégica

situación.

En cambio, su decisión de marcharse de allí durante casi una hora no había sido en absoluto estratégica, pues durante ese tiempo podía haber regresado Raymond Ashton, quizá con alguno de los tres hombres a los que Carlos tenía que matar. Claro que si así había sido, debían estar aún dentro del Mildred II, de modo que todo lo que tenía que hacer era esperar, a ver si salían.

CAPITULO IV

Pero no.

No salieron, por la sencilla razón de que no habían estado dentro del yate. Fueron llegando a partir de las cinco de la tarde, cuando el cabreo de Cervantes con respecto a la rubia del Stranger, que había vuelto a aparecer, estaba al parecer llegando a su límite. Lo parecia, al menos, porque cada vez miraba más furiosamente a la muchacha.

La llegada de Raymond Ashton le distrajo de tan insignificante preocupación. Llegó en el coche, que dejó cerca del embarcadero, y abordó el yate: claro está acompañado por Liddell y Donovan.

Apenas veinte minutos más tarde, llegaron al yate tres visitantes: dos mujeres y un hombre. El hombre debía tener algo menos de cincuenta años, y llamaba menos la atención que una gota de agua en el mar. Las dos mujeres eran jóvenes, de menos de treinta años. Altas, elegantes, hermosas... A Carlos Cervantes le parecieron, incluso, distinguidas. Vestían muy bien, y cada una llevaba un bolsito que parecía conferirles aún más gracia.

—Aquí todo el mundo tiene amantes o hijas —reflexionó el mexicano—, ¿Dónde deben estar los guardaespaldas de este tipo? Y... ¿cuál de los tres es? ¿Robbins, Kenton o Flynn?

Diez minutos más tarde, llegó el segundo invitado. De la edad aproximada del anterior, pero de aspecto más juvenil, más alto, más fuerte, más atlético; y éste si llevaba con él dos sujetos de rostro impenetrable, discretísimos. Sí señor, aquéllos eran todos pájaros que debían volar muy, muy alto.

Y otros veinte minutos más tarde llegó el tercero. Era el más joven de los tres, pero el más rollizo, incluso gordo, calvo como una sardina y repelente como un pulpo. A Cervantes no se le ocurrió otra cosa, al verlo.

Con el subió al yate un solo hombre, pero, en el coche que se había detenido cerca del embarcadero Carlos había vislumbrado otros dos, que se alejaron.

—Gente fina, sí señor.

La distancia desde la lancha de Carlos al yate era de unos ochenta metros, pero el mexicano tenía vista de águila, y no necesitaba más. Ni siquiera esperar a que saliesen del yate. Además, eso habría resultado demasiado visto. ¿Cuál es el mejor modo de cazar al zorro? Pues, en lugar de perseguirlo agotándose uno como un tonto, se va directo a la madriguera, se sienta a esperar al zorro, y, cuando éste llega, ¡zas!, se le trinca por el pescuezo, y

asunto concluido.

De un cabo, Carlos arrancó tres hilachas, las encerró en la mano izquierda de modo que sólo sobresaliesen las puntas, cerró los ojos, y tiró de una de las hilachas, cada una de las cuales correspondía a uno de los tres visitantes del yate de los Ashton. Sabiendo ya en qué madriguera debía esperar, entró en el camarín, recogió el portafolios que le había llevado Nancy, y una bolsa de lona cuya boca estaba cerrada con una abrazadera de metal y un candado, y regresó a cubierta. De allí saltó al embarcadero, y, fue caminando por éste de modo que poco después pasaba por delante del Stranger.

En la borda, la rubia morena le contemplaba fijamente, con los ojos muy abiertos. Unos ojos preciosos. Y una boquita que era una delicia, sonrosada y fresca como una flor. El cuerpo era una maravilla, las piernas... Carlos Cervantes, que se había detenido un instante, frunció el ceño, desvió la mirada, y continuó su camino. No era momento de tonterías, ciertamente.

Pasó muy cerca del Midred II, sin dirigirle siquiera una mirada... Aunque habría dado cualquier cosa por saber qué estaban hablando los tres visitantes de Raymond Ashton con éste...

* * *

—...En cuanto a mí —dijo James Kenton—, no es que no me guste tu plan, Raymond, pero sigue pareciéndome peligroso.

Raymond Ashton movió la cabeza con un gesto de amable paciencia. Estaba sentado en uno de los sillones del salón del yate; junto a él, de pie, estaba su hija, Mildred, escuchando impertérrita la conversación; no así Nancy, a quien se le había sugerido que fuese a descansar a su camarote.

En el amplio diván estaba sentado el menudo e insignificante James Kenton, y tenía a cada lado una de las elegantes y distinguidas muchachas que le acompañaban. A su izquierda, en sendos sillones encarados al de Ashton y en diagonal con respecto al diván, se sentaban Paul Flynn y Charles Robbins. El primero tenía detrás del sillón a un solo hombre; el segundo, a dos; todos ellos de pie, silenciosos, como indiferentes. Paul Flynn, que era el calvo como una sardina y repe- lente como un pulpo estaba atento a la conversación, pero no menos atento a la belleza de Mildred Ashton, a la que, como suele decirse, estaba desnudando con la mirada de sus ojos acuosos... Mirada que los Ashton simulaban no percibir.

—Pero, vamos a ver, Jimmy —opuso amablemente Ashton—. ¿Qué es lo que te parece peligroso?

—No lo sé... Estoy inquieto. No puedo olvidar lo que pasó con tu

lugarteniente, como dicen en las películas. Ya sabes que me refiero a Murray Daniels.

— ¿Y qué pasó con Murray Daniels, señor Kenton? —preguntó, muy sonriente, Mildred.

La palmó —dijo lacónico, pero expresivo, James Kenton.

—Exacto —intervino de nuevo Raymond—, la palmó. Pero, tal como la palmó Murray, podemos palmarla cualquiera de nosotros. ¿O quizá tú crees que eres el único ser de la Tierra que no puede sufrir un accidente de automóvil, Jimmy?

—No estamos seguros de que fuese un accidente.

—Tonterías —recurrid a su palabra favorita Raymond Ashton—, Quedó demostrado sobradamente. No por mí o por mis hombres, sino por la Patrulla de Caminos. El pobre Murray se estrelló, se convirtió en picadillo y eso es todo. Mala suerte.

—A mí me parece —intervino Paul Flynn— que lo que James piensa, en el fondo, es que Murray no falleció de accidente normal, sino que el accidente fue preparado..., posiblemente por los muchachos de Norman Horace Lawton.

— ¡Qué tontería! —agitó las manos Ashton—. ¿Por qué habría de hacer eso Lawton? Puestos a matar a alguien de ese modo, no habría elegido precisamente a Murray, que era mi mano derecha nada más. Veamos,

—Jimmy: ¿tú habrías accidentado a Murray pudiendo haberlo hecho conmigo?

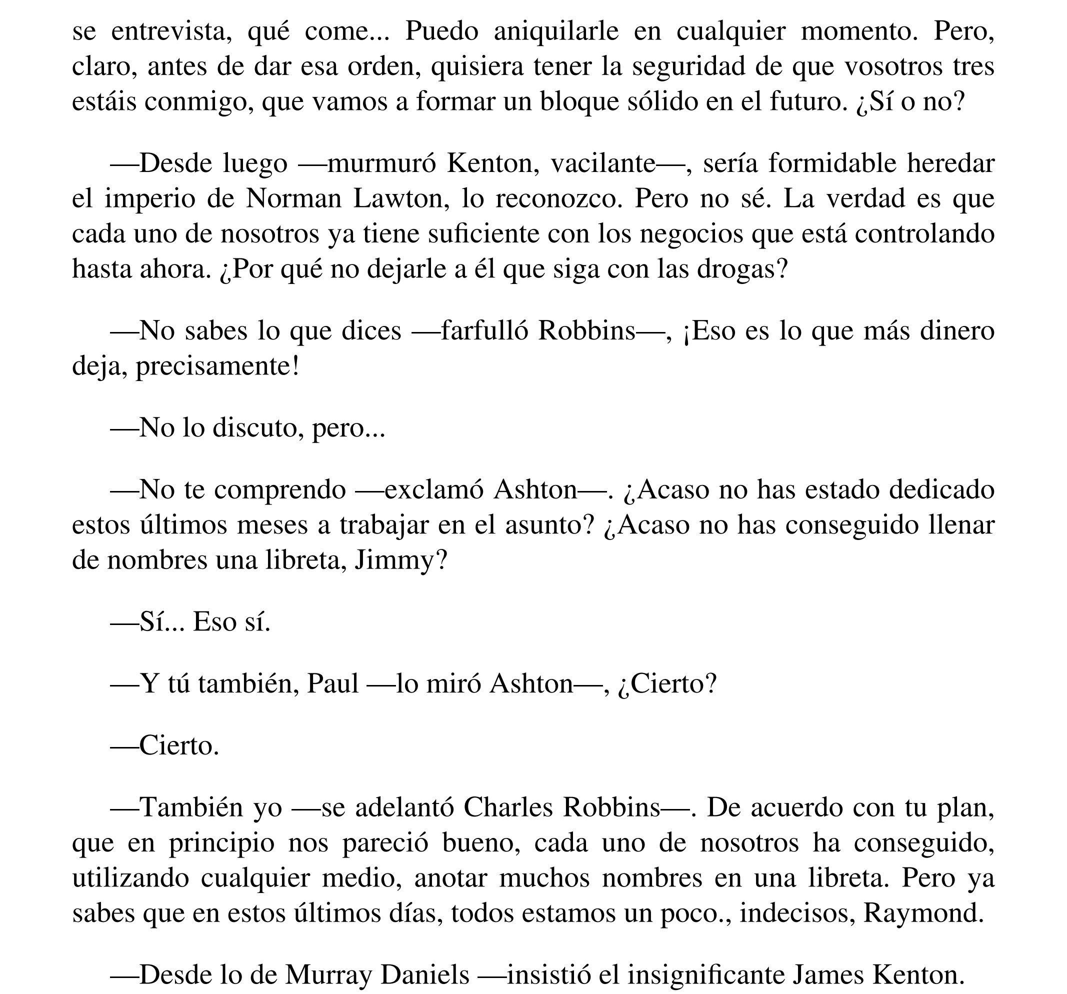
—Claro que no —gruñó Kenton.

—Pues bien: yo estoy vivo, ¿no es así? Vamos, no supongamos tan tonto o estúpido a Norman Lawton. No hay que menospreciarle. Si él sospechase algo de nosotros, no se habría metido con el pobre Murray Daniels, sino que nos habría hecho asesinar a los cuatro..., si hubiese podido. Y nada de eso ha sucedido.

Charles Robbins encogió los hombros.

—De acuerdo, quizá tengas razón, Raymond. Ahora bien, tú mismo has dicho que no hay que menospreciar a Lawton... Así que me pregunto si en estos momentos él no estará al corriente de esta reunión en Acapulco.

—No lo está —sonrió ampliamente Raymond Ashton—. Tengo a Lawton bajo estricto control. Sé lo que hace en todo momento, adónde va, con quién



se entrevista, qué come... Puedo aniquilarle en cualquier momento. Pero, claro, antes de dar esa orden, quisiera tener la seguridad de que vosotros tres estáis conmigo, que vamos a formar un bloque sólido en el futuro. ¿Sí o no?

—Desde luego —murmuró Kenton, vacilante—, sería formidable heredar el imperio de Norman Lawton, lo reconozco. Pero no sé. La verdad es que cada uno de nosotros ya tiene suficiente con los negocios que está controlando hasta ahora. ¿Por qué no dejarle a él que siga con las drogas?

—No sabes lo que dices —farfulló Robbins—, ¡Eso es lo que más dinero deja, precisamente!

—No lo discuto, pero...

—No te comprendo —exclamó Ashton—. ¿Acaso no has estado dedicado estos últimos meses a trabajar en el asunto? ¿Acaso no has conseguido llenar de nombres una libreta, Jimmy?

—Sí... Eso sí.

—Y tú también, Paul —lo miró Ashton—, ¿Cierto?

—Cierto.

—También yo —se adelantó Charles Robbins—. De acuerdo con tu plan, que en principio nos pareció bueno, cada uno de nosotros ha conseguido, utilizando cualquier medio, anotar muchos nombres en una libreta. Pero ya sabes que en estos últimos días, todos estamos un poco., indecisos, Raymond.

—Desde lo de Murray Daniels —insistió el insignificante James Kenton.

— ¡Maldita sea, fue un accidente! —explotó Ashton.

—Me parece que no deberías gritar, Raymond —deslizó, suavemente, Paul Flynn.

Raymond Ashton cerró los ojos un instante. Luego aspiró hondo, y, por fin, sonrió.

—Está bien. Pero vamos a aclarar las cosas de una vez... Hace unos meses, os propuse un plan, y fue aceptado por vosotros por unanimidad: cada uno de vosotros se encargaría de conseguir, en su zona de influencia, los nombres de todos los colaboradores de Norman Horace Lawton en su gran red de distribución de drogas en todo el país, en Estados Unidos. El negocio es fabuloso, ya que últimamente, Lawton había conseguido controlarlo prácticamente para él solo... No vamos a tener en cuenta a pequeños mercachifles de la droga, ¿verdad?

—Claro que no —gruñó Kenton.

—Bien. Tú, Jimmy, controlas Denver y toda su zona de influencia hacia el Norte y el Oeste, hasta la costa. Tú, Paul, controlas la zona de Nueva Orleans, extendiéndote hacia el Norte y el Este. Tú, Charles, tienes la zona de Nueva York y hacia el Sur y el Oeste. Y yo controlo, desde Los Angeles hasta los límites con vuestras zonas. Esta distribución de...

—Pero nunca habíamos tocado en serio el asunto drogas.

—Dejadme hablar. Es cierto que nuestros negocios son diferentes a las drogas. Y que nos van bien, pues sabemos aprovecharnos de la estupidez humana en todos los sentidos. Pero los humanos son cada vez menos estúpidos, en líneas generales, y los negocios se van poniendo difíciles. ¿Qué negocios son los que funcionan mejor? Pues aquellos que proporcionan placer a los sentidos. Atacando por ahí, todavía podemos ir sacando partido de nuestros semejantes, podemos... explotarlos extorsionarlos... ¿Qué hay, Dan?

Todos habían vuelto la mirada hacia la puerta, donde había aparecido Dan Maxwells, el capitán del Mildred II. El cual, con un papel doblado en la mano, se acercó a su patrón.

—Ha llegado otro cable, señor Ashton.

— ¡Ah...! Gracias, Dan. Puedes retirarte.

Maxwells hizo un gesto de saludo, y regresó a cubierta. Raymond Ashton leyó el papel, sonrió, y lo volvió a doblar.

— ¿De qué se trata? —se interesó Robbins.

—Luego os lo diré. Quiero terminar lo que os estaba diciendo, lo que tan detenidamente pensé hace unos meses y que tan bien os pareció entonces. Veamos. Sí, decía que debemos atacar por el lado de los sentidos. Durante mucho tiempo, nos hemos dedicado a extorsionar, estafar, asesinar..., y todo lo malo que se le pueda ocurrir a cualquiera. En negocios como fraudes de viviendas, asesinatos por encargo, adulteración de grandes cantidades de productos alimenticios y farmacéuticos, etcétera... Pero todo eso va siendo cada vez más difícil. La gente va cada vez con más cuidado. En cambio, se lanzan de cabeza a todo lo que represente placer, o, como es el caso de las drogas, una... evasión, un mundo que le hace olvidar el muy sucio en el que está viviendo. Digan lo que digan, cada vez se consumen más drogas en el mundo. ¿Es cierto o no es cierto, Jimmy?

—Es cierto —masculló Kenton.

—Okay. Yo me pregunto por qué debemos dejar que sea Norman Horace

Lawton y los que chupan de sus fabulosos ingresos quienes se beneficien exclusivamente de ello. En cuanto hemos intentado algo, se han apresurado a pararnos los pies, sin miramientos de ninguna clase. ¿Cierto o no, Jimmy?

—Sí... ¡Demonios, claro que es cierto!

—Así que yo, pensando, pensando, tracé un plan: nada de hacer la competencia a Norman Lawton. Es demasiado poderoso, no sólo por sí mismo, sino porque tiene sobornados a los personajes claves del país en casi todos los estados. Es insobornable... por ahora. Pero..., ¿qué pasaría si, de pronto, Norman Lawton se encontrase sin apoyo, sin el respaldo de todas esas personas respetables que desde sus influyentes puestos se lo están facilitando todo a cambio de buenas sumas? Pues pasaría que Norman Lawton ya no sería nada ni nadie. Y de aquí partió mi idea: cada uno de nosotros, durante meses, ha movilizado a todos sus hombres y recursos para ir llenando una libretita —Raymond Ashton sacó la suya, mostrándola en alto—, con los nombres de las personas de su zona que están bajo las órdenes de Norman Lawton. Así tenemos nombres de policías, fiscales, jueces, algún que otro senador, modestos representantes de la ley en muchos sitios, militares de alta graduación... Todos estos nombres corresponden a las personas que forman el respaldo, el apoyo de Norman Lawton. Mi plan: nosotros, que ya tenemos estos nombres, vamos a hacer una... relación completa, y la vamos a enviar al FBI, o a la División de Narcóticos. En pocas semanas serán ellos mismos, la ley, quienes nos dejarán el campo libre de Norman Lawton y sus sicarios. Conseguido esto, tenemos todo el país a nuestra disposición para ser nosotros quienes organicemos la red de distribución y venta de narcóticos de toda clase en Estados Unidos. En Estados Unidos, por el momento, se entiende. ¿El plan es bueno o no es bueno?

—Es bueno —murmuró Paul Flynn, desviando la mirada del busto de Mildred—. Pero quizá sería mejor aprovechar la red del propio Lawton después de eliminarlo a él.

—Nada de eso. Nunca sabríamos si podíamos confiar plenamente en quienes habían servido a Norman Horace Lawton. Es mucho mejor limpiar el terreno de toda mala hierba..., y entonces, comenzar a sembrar nosotros. En menos de un año, los negocios adquirirían un volumen que no os podéis ni imaginar. Y ahora pregunto: ¿me dais o no me dais vuestras libretas para que redactemos la relación completa y la enviemos a la División de Narcóticos?

El silencio fue notable. Por fin, Charles Robbins murmuró:

—Nosotros estaríamos más tranquilos si supiésemos que en cuanto este plan sea puesto en marcha, no tendremos nada que temer de Lawton y su grupo de asesinos. No hay que olvidar eso.

—O sea, que, antes que nada, queréis que eliminemos a Lawton.

El silencio por parte de los tres amigos de Ashton fue por demás expresivo, afirmativo.

—De acuerdo. Nos encargaremos de ello en primer lugar, entonces. Voy a leeros ahora el cable que me ha traído Dan. Dice lo siguiente: podemos cazar el pato en cuanto usted lo disponga.

— ¿Y eso significa...?

—Significa que todo está preparado para que, a una orden mía, Norman Lawton sea eliminado.

— ¿Así de fácil?

— ¡No ha sido así de fácil! —explotó Ashton—. ¡Ha sido difícil, se ha tenido que preparar todo muy bien, con calma y con inteligencia! ¡No ha sido fácil, pero el pato está listo para ser cazado!

—Pues que lo cacen —deslizó Kenton.

—Para eso, yo tendría que volver a Estados Unidos, pues la última parte tengo que dirigirla personalmente, Jimmy.

—Bueno, pues vuelve a Estados Unidos, hazlo, vuelve aquí, y entonces todos haremos lo que tú digas.

—De acuerdo con James —dijo Robbins.

—Yo también —apoyó Flynn.

—Entonces, no hay más que hablar —aceptó Raymond Ashton; miró su reloj de pulsera, y añadió—; Mildred y yo vamos a salir ahora mismo hacia Ciudad de México, para tomar allí el avión. Si nos damos prisa, tenemos tiempo de tomar el vuelo 709. Tardaremos en regresar no menos de tres días.

—Bueno —sonrió Kenton—, en Acapulco no se pasa mal, precisamente. Procuraremos no aburrirnos.

—Estoy pensando —deslizó Paul Flynn— que Mildred se podría quedar con nosotros, Raymond.

Este iba a contestar, pero su hija se le adelantó:

—He aprendido de mi padre a no mezclar el placer con los negocios, Paul. Al menos, en lo posible. Me pregunto si podrás esperar tres o cuatro días a que yo vuelva para hablar entonces de cosas diferentes a los negocios.

—Puedo esperar —frunció el ceño Flynn—. Aunque de mala gana.

—Será muy poco —dijo Mildred—, te lo aseguro.

—Está bien —alzó las manos Raymond—, En cuanto a las libretas vuestras, puedo guardároslas en la caja fuerte del yate. De este modo...

—No te molestes, Raymond —cortó Robbins—, pero yo prefiero tenerla conmigo. Si algo sale mal, no quiero que repercuta en mi zona. Creo que debemos conservar cada uno nuestra libreta, a la espera de que, realmente, no existan dudas sobre que todo va a salir bien. Ya hablamos de esto, ¿recuerdas?

—Recuerdo. Está bien, muchachos... Consideraos en vuestro yate. Mildred y yo vamos a recoger algunas cosas para marcharnos ahora mismo.

— ¿Te llevas a Nancy? —sonrió Robbins.

—No —el ceño de Ashton se frunció un instante—. Estoy seguro de que nadie la molestará aquí, y no la necesito en Estados Unidos. Incluso sería un estorbo. Así que la dejo..., convencido de que nadie va a complicar las cosas.

—Tranquilízate, hombre —pareció que Robbins se ponía en la posición de manos arriba—. Sólo estaba tanteando el terreno. Hay muchas chicas en Acapulco.

—Precisamente por eso —asintió Ashton—, Tomad lo que queráis. Vamos, Mildred.

Padre e hija se fueron hacia el pasillo que distribuía los camarotes, dejando a los demás silenciosos en el salón. Hasta que una de las chicas que estaban sentadas junto a Kenton, dijo:

—Me gustaría tomar una copita de champaña, Jim.

—Por supuesto, querida —asintió amablemente el insignificante Kenton —, Ahora que hemos terminado la conversación, podemos llamar al camarero de Raymond, para que nos sirva. Vamos a esperar todos tomando tranquilamente unas copas a que Raymond y su hija se marchen. Luego nos iremos yendo nosotros, por separado, tal como hemos venido... ¿Adónde os gustaría ir a cenar?

CAPITULO V

Helen detuvo el coche alquilado, y se volvió hacia el asiento de atrás, donde viajaban Kathy y James Ken-ton, éste deslizando una mano por una de las mórbidas piernas de la muchacha.

—Hemos llegado, Jim —se echó a reír—. Te lo digo por si estás en el cielo, sin darte cuenta de nada.

Kenton dio una palmada en el muslo de Kathy, guiñó un ojo, y sonrió.

—Me doy cuenta de todo —aseguro—. Hay tantas cosas buenas en la Tierra que puedo perfectamente esperar para ir al cielo.

— ¿Crees que irás al cielo? —abrió mucho los ojos

Kathy.

Se echaron a reír los tres. Y acto seguido, Kenton

—Por lo menos, voy a ir a mi cielo particular al que vais a llevarme vosotras dentro de unos minutos. ¿Ha sido agradable la velada?

— ¡Oh, sí, Jim...! ¡Mucho! —exclamó Kathy.

—Pues vamos a terminarla debidamente en el bungalow.

Se apeó del coche, sin darse cuenta de la mirada entre maliciosa y resignada de las dos elegantes muchachas. Estas salieron, también, del coche, y cada una se tomó de un brazo del diminuto personaje, encaminándose hacia la cabaña. Muy cerca de ellos, el mar emitía su rumor, apacible, teñido de color plata.

—Me gusta más cuando la luna se ve de color naranja —dijo Helen.

—Quizá mañana sea así —la consoló Kenton.

Entraron en la cabaña, Helen dio la luz, y Kenton fue directo a sentarse en uno de los sillones.

—Vamos a tomar el último trago —propuso.

—Te lo serviré, querido —se ofreció Kathy.

—Yo voy a quitarme los zapatos —suspiró Helen-. ¡Siempre que estreno un par, paso unos cuantos días terribles! Recuerdo...

Se calló bruscamente. Kathy y Kenton la miraron, sorprendidos..,, y

siguiendo la dirección de la mirada de Helen vieron, en la puerta del dormitorio, al sujeto que estaba estirando los brazos y bostezando. Un sujeto alto, de hombros anchos, que llevaba puesta de cualquier manera una gorra de yachtman, y que vestía pantalones claros, jersey a rayas blancas y azules, y calzaba unas viejas zapatillas blancas. Lucía hermoso bigotazo.

— ¡Ouaaahh...! —se desperezó el desconocido—. ¡Caramba, señor Kenton, usted sí que sabe divertirse! ¿Qué hora es?

El pasmo era total. De pronto, las dos muchachas reaccionaron a la vez, rápidamente, metiendo la mano en el bolso y sacando sendas pistolitas, con las que apuntaron precipitadamente al personaje: atractivo, viril, largos cabellos, ojos oscuros, boca delgada, dura, como de piedra...

— ¿Quién es usted? —exclamó Kenton, reaccionando.

—Me llamo Pancho Villa. ¿Le suena el nombre? Debe ser tardísimo... Pensaba esperarle despierto, pero tardaba tanto que me tumbé unos minutos en la cama, y ¡zas!, me quedé dormido. Guapas chicas lleva usted, señor Kenton. Y muy distinguidas.

— ¡Quiero saber quién es usted y qué hace aquí!

—No se ponga nervioso, que se lo voy a decir. De otro modo, esta visita no tendría objeto, ¿no cree? Permítame sentarme, porque, la verdad, después del sueñecito me siento tan débil que no podría ni peinarme...

Era mentira.

Y quedó demostrado en seguida.

Dejando de hablar, el bigotudo Pancho Villa, que caminaba hacia Kenton, saltó, de pronto, cuando estaba a unos tres metros de Helen, que lanzó un gritito y alzó la mano armada, contemplando con expresión desorbitada aquel tornado que le llegaba como procedente del techo...

Plop, chascó la pistolita silenciosa directamente de fábrica.

La bala pasó con seco restallido junto a la oreja derecha de Pancho Villa, que había hecho un increíble escorzo en el aire; y, al mismo tiempo, su pierna derecha soltaba el trallazo: el pie alcanzó la mano de Helen por debajo, y la pistolita saltó por el aire, de tal modo que, en su pasada por encima de la muchacha, Pancho Villa agarró al vuelo, de un manotazo, la pequeña pero mortífera arma...

Y un instante después, caía dando frente a Kathy, cuyos ojos también estaban desorbitados. Pero se apresuró a apuntar a Pancho Villa, y disparó

adivinando el movimiento de éste hacia su derecha.

Mejor dicho, creyó adivinarlo, por el gesto de éste. Pero sólo fue eso, un gesto. Tras fintar hacia la derecha, Pancho Villa giró velozmente como una peonza hacia la izquierda, dio otra vuelta, quedó casi de espaldas a Kathy, y volvió a disparar su pierna derecha, siguiendo el impulso circular de ésta. El yoko geri alcanzó a Kathy por la parte externa del hombro, con tal fuerza, que la muchacha salió disparada hacia la pared, rebotó en ésta, cayó al suelo..., y cuando tras revolverse rápidamente pretendió disparar de nuevo contra Pancho Villa, el pie izquierdo de éste cayó sobre su mano, aplastándola contra el suelo, sin saña ni crueldad: simplemente, con eficacia. Con la eficacia suficiente pata que Pancho Villa se inclinase y pudiese retirar amablemente la pistolita de entre los paralizados dedos de Kathy.

—Aaaasí... ¡Qué malas sois, niñas!

Se guardó las dos pistolitas en un bolsillo del pantalón, miró a Helen, que parecía petrificada, sujetándose la mano golpeada, y luego ayudó a ponerse en pie a Kathy. Es decir, la alzó por los sobacos y la dejó en vertical, como si hubiese manejado una pluma.

—Ahora, sed buenas niñas y sentaros juntitas en el sofá... Y no moveros. Caramba, señor Kenton —se volvió Pancho Villa hacia el demudado sinvergüenza—, usted sí que es listo: ¡guardaespaldas y personal de cama, todo en una pieza! ¡Y por partida doble! ¿De verdad puede usted con las dos... o sólo juega a hacerse el hombrecito?

James Kenton permaneció en silencio. Pancho Villa esperó a que Helen y Kathy se sentasen en el sofá, y entonces él acercó el otro sillón al de Kenton, y se sentó delante de éste, tendiendo la mano derecha.

—La libretita, por favor.

— ¿Qué... qué libretita? —exclamó Kenton.

—La que tiene muchos nombres, usted ya sabe.

James Kenton palideció aún más, y permaneció inmóvil. Pancho Villa frunció el ceño.

—Señor Kenton, me consta que lleva usted encima esa libretita, y le aseguro que estoy dispuesto a conseguirla sea como sea. No me obligue a ser violento.

— ¿Quién es usted? —jadeó Kenton—, ¿Quién le envía?

—Ya le he dicho quién soy. En cuanto a quién me envía... Bueno, digamos

que usted no debería confiar en nadie. Sin ánimo de ofender a sus amiguitas, que sí parecen fieles. Claro que deben percibir un buen sueldo por su fidelidad camera y protectora. Pero esto no viene al caso. La libretita, por favor.

—Escuche, señor Villa, usted... usted se está metiendo en un buen lío, se lo aseguro. Yo puedo...

—Señor Kenton, tengo la certeza de que hablo el inglés a la perfección, así que empiezo a preguntarme si lo que ocurre es que usted es sordo. Quiero la libre-tita, y no lo repetiré. En cuanto a eso de que yo me estoy metiendo en un lío, despreocúpese de mí, me las iré arreglando. Por otra parte, me permito decirle que quien está en verdaderos líos, y ahora en un serio apuro, es usted. ¿Me creerá si le digo que tengo orden de matarle, aparte de conseguir la libretita? Y hablando de la libretita: ¿sí o no?

En realidad, no fue que Kenton se negase a entregarle la libreta a Pancho Villa. Fue que estaba paralizado de miedo. Verdaderamente paralizado. Así que, como él no se movió, Villa se movió hacia él, alzándose del sillón e inclinándose sobre el aterrorizado personaje. Introdujo una mano bajo la chaqueta de Kenton, en busca del bolsillo interior..., y sin saber por qué, volvió la cabeza hacia su izquierda.

Acto seguido, con un respingo, movió el cuerpo, como si la cabeza tirase de él, obligándole a efectuar un giro lateral, velocísimo, que le apartó en una fracción de segundo de la trayectoria de Kathy...

Fue espeluznante.

Kathy había cargado contra la espalda de Villa creyendo firmemente que lo iba a sorprender, y poder clavarle así el punzón que había sacado no del interior del bolso, sino del exterior de éste, donde estaba bien a la vista, con la aguja escondida y el mango simulando un adorno... Pero la sorpresa, si bien existió en muy buena parte, no favoreció a Kathy, ni perjudicó a Pancho Villa, Al apartarse éste tan inesperada y velozmente, la muchacha, llevada por el impulso, siguió hacia delante, cayó sobre Kenton, y la aguja de acero se hundió en el ojo izquierdo de éste, con escalofriante sonido.

James Kenton ni siquiera tuvo tiempo de gritar, porque la aguja llegó en el acto a su cerebro. Todo lo que hizo, fue tensarse, y emitir un extraño sonido por la boca súbitamente abierta en horrenda crispación. Mientras tanto, el líquido del globo ocular salpicaba la mano y el rostro de Kathy, que caía sobre su jefe-amante.

Y ella sí chilló, de horror brusco, de sorpresa, de miedo ante las consecuencias que velozmente intuía... Y así fue. La mano derecha de Villa, grande, enorme, sólida como una auténtica hacha, cayó sobre la espalda de

Kathy, aplastándola contra Kenton, privándola del conocimiento instantáneamente.

Mientras tanto, Helen había aprovechado la ocasión para hacer lo mismo que su compañera. Sucedía todo tan rápidamente, que cuando Helen comprendió que la situación estaba ya resuelta a favor del desconocido, estaba lanzada contra éste, y no podía detenerse.

Fue él quien la detuvo, por el simple procedimiento de adelantar el puño derecho, rígido el brazo, cerrado el puño. Ni siquiera se puede decir que Villa golpeó a Helen: más bien fue ella la que se dio de cara contra aquel puño que parecía un bloque de hierro; su mandíbula crujió, sus ojos giraron, y la muchacha se desplomó como un saco vacío a los pies de Pancho Villa, cuyo rostro había, quedado lívido.

Tras contemplar un instante a Helen, su mirada regresó al cuadro que escenificaban Kenton y Kathy. Apartó a ésta, depositándola en el suelo, y tomó una mano de Kenton. No había pulso; ni lo había en el cuello; ni en el pecho. James Kenton había llegado al final de su camino por la Tierra... Así que pronto sabría si lo admitían o no en el Cielo.

Carlos Cervantes se pasó las manos por la cara, y fue a sentarse de nuevo en el sillón. Durante medio minuto estuvo contemplando a Kenton y a las muchachas, alternativamente. Por fin, asintió con un gesto, regresó ante el cadáver, y procedió a registrarlo.

La libretita, con muchos nombres, en efecto, la encontró en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta de Kenton. El cual, definitivamente, había perdido tantas y tantas cosas buenas como hay en la Tierra.

Así es la muerte.

CAPITULO VI

Así es la vida.

Unos mueren, y los que quedan vivos gozan del sol, del aire, del sabor a mar, del dolce far niente, o sea, de no dar ni golpe, y en cambio, pasarlo estupendamente, mientras que los que trabajan, encima lo pasan fatal.

Ahí está el truco. Resulta que los que tienen mucho dinero no hacen nada, así que lo pasan estupendamente. Y los que tienen poco dinero, o no tienen un cochino centavo, han de bajar el lomo un montón de horas diarias para conseguir aunque sólo sea para fríjoles, y claro, lo pasan fatal. Lo cual, dicho sea de paso, es una gran cochinada, porque lo justo sería que tuviese dinero el que trabaja, y no el que no trabaja; y que lo pasase bien el que trabaja, no el hijo de su señora madre que no da golpe en su vida.

Sobre estos derroteros más o menos iban los pensamientos de Carlos Cervantes. Pensamientos provocados por la rubia morena del Stranger, que allá estaba otra vez, tan rica ella, tan preciosa, como una figurita de oro, dale que dale a su cámara fotográfica y a sus gemelos. Llevada un bikini diferente, pero estaba igual de buena, cachonda de arriba abajo. Vamos, que lo del mordisco caprichoso no era ninguna tontería, no

Sí señor, allá estaba uno de los más claros exponentes de la raza humana que vive a costa de sus semejantes. Todo el día gozando de la vida, y los demás, que se pudran. Y encima, dale que dale con las fotos...

Hasta que el cabreo de Carlos Cervantes fue ya definitivo.

Así que, eso sí, siempre sereno y reposado, saltó desde su lancha al embarcadero, metió las manos en los bolsillos, y silbando Cucurrucucú, paloma, se dirigió hacia el Stranger. Directo como una bala. Llegó, se metió en la pasarela, y en tres zancadas se encontró a bordo.

Claro. La rubia morena, sentada en la borda, había vuelto la cabeza, y le miraba con los ojos muy, muy abiertos. ¡Y qué ojazos tenía la condenada...! Carlos fue a detenerse justo junto a ella, que cambió su posición en la borda, las piernas para dentro del yate ahora, siempre mirándolo como hipnotizada.

—Y si te pego un guantazo, ¿qué? —masculló Cervantes.

— ¿Qué... qué...? —exclamó la muchacha.

El mexicano torció el gesto.

—Te lo diré en inglés, niña boba —habló en este idioma—, Me tienes hasta aquí de vigilancia, ¿comprendes? Muñeca, ¡menudo gasto de fotos que

llevas conmigo! ¿Vas a negarlo?

—No —casi tartamudeó la muchacha—. No, señor, no... lo niego.

— ¡Ajajáaaa...! ¡De modo que eres de la CIA!

— ¿De... de qué? —respingó ella.

— ¡De la CIA! ¡Te han chivatado que soy Nicolai Nicolaiev, el mejor agente de todas las Rusias, en misión especialísima en Acapulco, y has venido simulando ser una niña millonaria y boba a tomarme fotografías para los archivos americanos...! ¡Y hasta puede que estés preparando mi asesinato!

—Se...señor Nicolaiev, le... le aseguro... No, no... Yo no... Le aseguro que... que no...

— ¡Estás mintiendo! —la señaló ferozmente Carlos con un dedote—. ¡Puerca espía americana! ¿O vas a negar que eres yanqui?

—No... No señor, eso no... no lo niego...

— ¡Nombre!

—Me...Melanie Parker...

— ¡Domicilio fijo!

—San Francisco, en... en el 1.126 de Rose Terrace...

— ¡Edad!

—Veintiún años.

— ¿Casada?

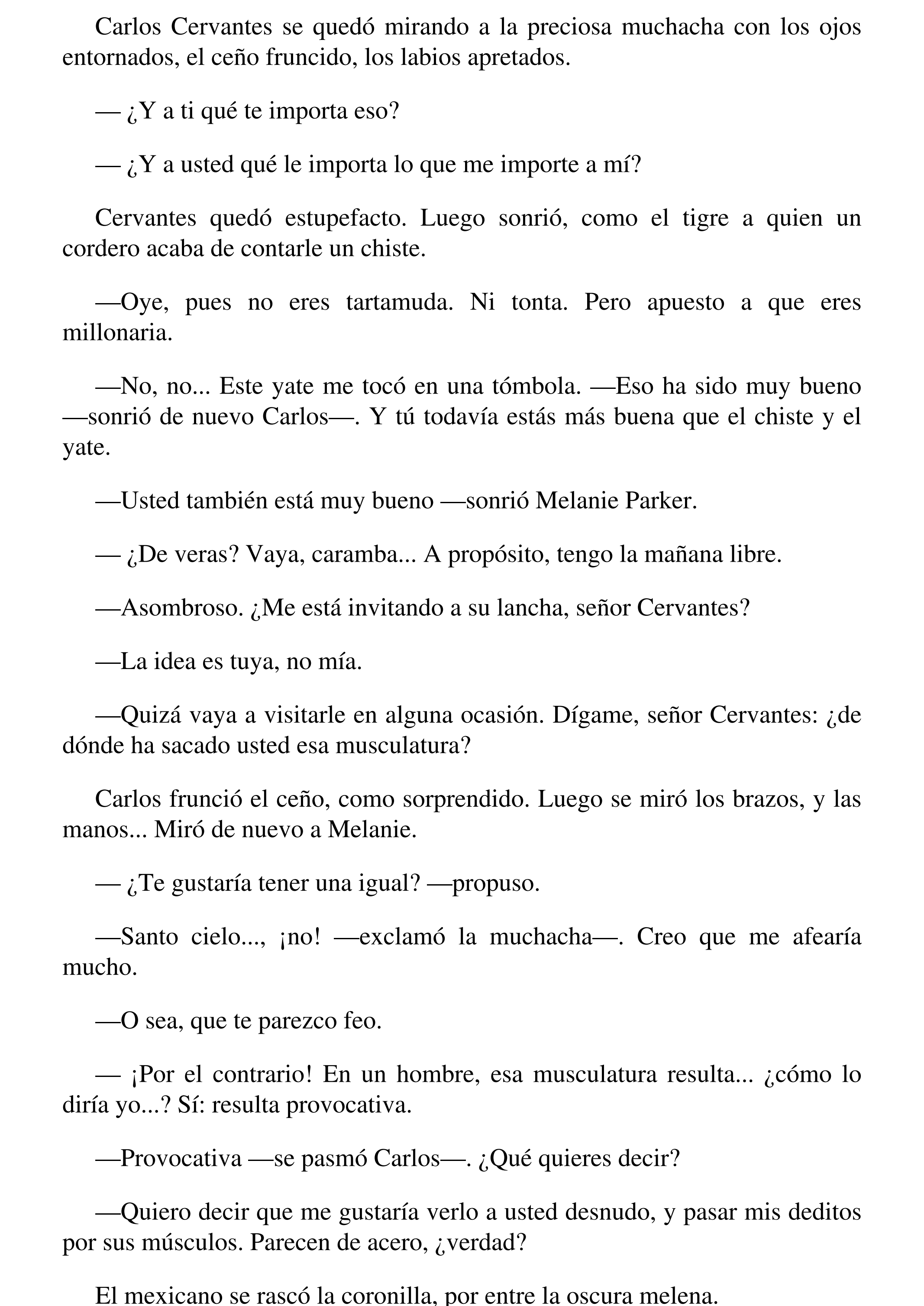
—No... No señor... no...

— ¡Ah, bueno! Permíteme presentarme, niña patosa: me llamo Carlos Cervantes, soy mexicano, y vivo en México, un día aquí y otro día allí.

—Pero... pero antes ha dicho... ¿No es usted un espía ruso?

—Pero oye —Carlos golpeó impertinentemente, con un dedo, en la frente de Melanie Parker—. ¿Qué tienes aquí dentro? Apuesto a que en lugar de cerebro tienes un puñado de dólares arrugados.

—Si me está llamando tonta, le aseguro que no lo soy... Es que usted me ha sorprendido y casi asustado... ¿Hoy no espera visitas en su lancha?



Carlos Cervantes se quedó mirando a la preciosa muchacha con los ojos entornados, el ceño fruncido, los labios apretados.

— ¿Y a ti qué te importa eso?

— ¿Y a usted qué le importa lo que me importe a mí?

Cervantes quedó estupefacto. Luego sonrió, como el tigre a quien un cordero acaba de contarle un chiste.

—Oye, pues no eres tartamuda. Ni tonta. Pero apuesto a que eres millonaria.

—No, no... Este yate me tocó en una tómbola. —Eso ha sido muy bueno —sonrió de nuevo Carlos—. Y tú todavía estás más buena que el chiste y el yate.

—Usted también está muy bueno —sonrió Melanie Parker.

— ¿De veras? Vaya, caramba... A propósito, tengo la mañana libre.

—Asombroso. ¿Me está invitando a su lancha, señor Cervantes?

—La idea es tuya, no mía.

—Quizá vaya a visitarle en alguna ocasión. Dígame, señor Cervantes: ¿de dónde ha sacado usted esa musculatura?

Carlos frunció el ceño, como sorprendido. Luego se miró los brazos, y las manos... Miró de nuevo a Melanie.

— ¿Te gustaría tener una igual? —propuso.

—Santo cielo..., ¡no! —exclamó la muchacha—. Creo que me afearía mucho.

—O sea, que te parezco feo.

— ¡Por el contrario! En un hombre, esa musculatura resulta... ¿cómo lo diría yo...? Sí: resulta provocativa.

—Provocativa —se pasmó Carlos—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me gustaría verlo a usted desnudo, y pasar mis deditos por sus músculos. Parecen de acero, ¿verdad?

El mexicano se rascó la coronilla, por entre la oscura melena.

—Tengo la impresión de que pretendes tomarme el pelo, nena.

—De ninguna manera. ¿Me aceptaría usted un café, señor Cervantes?

— ¿Por qué no? Yo puedo poner la leche.

—No se moleste en ir a su lancha, si le gusta la leche, en el yate tenemos. Tenemos de todo. .Venga, señor Cervantes.

Hacía ya unos segundos que habían aparecido dos de los tripulantes del yate, y se habían quedado mirando agresivamente a Carlos, pero Melanie hizo una seña, y los dos marineros se desentendieron del asunto. La muchacha bajó al interior del yate, precediendo a Carlos, que miraba a todos lados con expresión inescrutable.

Al llegar al salón del yate, la muchacha apretó un timbre y a los pocos segundos apareció un camarero.

—Walter, el señor Cervantes y yo tomaremos café dentro de unos minutos. ¿Serás tan amable de prepararlo?

—En seguida, señorita.

El camarero se retiró, y Melanie señaló hacia el amplio pasillo de camarotes, en silencio. Carlos echó a andar tras ella, que pronto se detuvo ante una de las puertas, la abrió, y señaló hacia dentro.

—Pase, por favor, señor Cervantes.

—De ninguna manera, usted primero, señorita Parker.

—Muy amable.

Entraron los dos, ella primero. Carlos Cervantes se llevó el chasco de su vida: no había allí ninguna cama, ni siquiera una simple litera. El camarote parecía vacío... Es decir, lleno de sol, que entraba por la portilla circular. Cerca de la portilla había un caballete de pintor, y al lado un gran tablero, que se mantenía vertical debido a dos soportes de madera que se apoyaban en el suelo.

Cervantes miró con gesto interrogante a Melanie, que sonrió, lo tomó de una mano, y lo llevó hasta colocarlo delante del cuadro que había en el caballete. Carlos quedó estupefacto.

— ¡Atiza...! ¡Pero si soy yo! —pudo exclamar por fin.

Era él, sin la menor duda. No sólo estaba pintado en el cuadro, todavía sin terminar, sino que, en el gran tablero colocado verticalmente, se le veía en no menos de dos docenas de fotografías.

— ¿Se encuentra propio, señor Cervantes?

— ¿Eh?

—Le pregunto si diría usted que he sabido captarlo en el cuadro.

—Pues sí... ¡Caray, ya lo creo! ¿Quiere decir que esto lo ha pintado usted sólita?

—Con ayuda de unos pinceles. Me llamó usted la atención en cuanto le vi, así que, reconozco que con gran desfachatez, comencé a tomarle fotografías, a fin de disponer de una aceptable representación del modelo original. ¿Realmente le gusta?

—Bueno, quizá yo no entiendo de estas cosas tanto como me gustaría, pero... ¡yo diría que es estupendo!

—Al parecer, sus gustos son muy parecidos a los de los críticos de arte norteamericanos. Espero conseguir un cuadro realmente bueno. Fíjese en la línea que traza los tendones de su cuello; y la angulosidad de sus facciones, el gesto de entrecejo... y las manos. Las manos me están contando mucho trabajo, pero no desespero. ¿Sabe que tiene usted unas manos... extrañas, señor Cervantes?

Carlos se miró las manos, apretó los labios, y las metió en los bolsillos. Se quedó mirando el cuadro, y por fin, musitó:

— ¿Realmente se me ve así?

—Realmente.

—Bueno. No resulto muy simpático, ¿verdad?

—Son puntos de vista. En general, tampoco el tigre resulta simpático, pero se le admira, por la sensación de suavidad y fuerza que produce. ¿De verdad nunca le habían dicho esto?

—Nunca.

—Sorprendente. ¿Cuál es su profesión?

— ¿Por qué pregunta eso? —la miró vivamente Carlos.

—Porque sus manos me tienen desconcertada. Generalmente, en las manos está manifestada la profesión de las personas. Se parte de dos grandes grupos: uno, los que trabajan manualmente, dos, los que no utilizan las manos como... herramientas, sino como auxiliares. Por ejemplo, un médico, o un oficinista, tienen las manos sin deformaciones y suaves. Un campesino, las tiene

deformadas y endurecidas. Esto en líneas generales, claro; luego, dentro de estos dos grandes grupos, hay toda una gama, unos subgrupos. Usted no encaja en nada que yo conozca, o en nada que pueda recordar, al menos. Sus manos no son ásperas, pero tienen... una forma poco usual: son anchas, fuertes, finas como si no hiciese nada con ellas, y, al mismo tiempo, esos tendones, esos nudillos... ¿Cuál es su profesión?

—Soy arquitecto.

— ¿Arqui...? ¡Bueno, señor Cervantes, en ese caso debo pensar que usted mismo coloca los ladrillos de las casas, y realiza toda una serie de trabajos que no tendría que realizar!

—Todos los trabajos son buenos. ¿Este es el suyo?

—Estoy empezando. ¿Me augura un buen porvenir?

—Supongo que sí... De modo que, en definitiva, no es usted una agente de la CIA.

—No —rio Melanie—. ¡Pero usted tampoco es un espía ruso! ¡Lo que se va a reír papá cuando venga a reunirse conmigo y le cuente esta terrible aventura!

—Sí... ¡Je, je...! Es muy gracioso esto. ¡Jo, jo!

— ¿Le molestaría desnudarse?

— ¿Desnu... qué?

—Desnudarse. Quitarse la ropa, para...

—Carape... ¡Ahora pisamos terreno del bueno, rubia...!

—...Para tomarle unas fotografías completas, y poder pintar el cuadro completo.

— ¡Ah! Bueno, no tengo inconveniente, pero yo soy un tipo con una mentalidad de lo más estrictamente justiciera, señorita Parker.

—Por favor, siga tuteándome y llámeme, nena, rubia, o simplemente Melanie. Y ahora, querido Carlos, dime: ¿qué quieres decir con eso de mentalidad estrictamente justiciera?

—Apuesto a que conoce usted ese refrán que dice: adonde fueres, haz lo que vieras.

—Lo conozco. ¿Y...?

—Que yo me desnudaré cuando vea que usted también lo ha hecho.

—Comprendo —sonrió Melanie—. ¡Vaya, me quedé sin poder pintarle al natural!

—Con lo fácil que te sería quitarte esos dos trapitos... ¿Sabes lo que me tiene más molesto de ti? Pues, que no sé si llamarte rubia o morena. Tu cabello es rubio, y, originariamente, tus carnes deben ser blanquitas, pero con tanto sol, estás de un moreno tremendo. Así que no sé si llamarte rubia o morena...

—Es todo un problema —sonrió Melanie—, Bien, ¿vamos a tomar café?

—Ahora que recuerdo, tengo que volver en seguida a la lancha, a lavarme las orejas. En realidad, rubia, he venido a decirte una sola cosa: olvídame.

—No comprendo —musitó Melanie.

—Te lo diré bien claro. No sigas tomando fotografías, ni me saludes, ni vengas a mi lancha, ni insistas en mirarme con los prismáticos. Haz como si yo no existiese. ¿Está claro ahora?

—Sí. ¿Debo entender que te resulto tan desagradable que no quieres tratos conmigo?

—Entiende lo que quieras, pero haz lo que te digo El rendez-vous ha terminado, morena.

Carlos Cervantes salió del camarote, recorrió el pasillo, y segundos después aparecía en la cubierta. Desembarcó, regresó a su lancha, y se metió dentro del camarín, pensativo.

—Hoy también hace mucho calor, ¿verdad? —preguntó Nancy.

El mexicano se quedó mirando a la muchacha, que estaba tumbada en la litera inferior, sonriéndole invitadoramente.

—Sí —asintió— Hace mucho calor.

—Un calor terrible... ¿Se te ocurre algo para que nos olvidemos de él?

—Perder la memoria.

— ¡Estoy hablando en serio, tonto! —rio Nancy.

— ¡Ah, no...! De eso, nada, preciosa. Yo no estoy en Acapulco para

tomarme en serio una cosa tan divertida como tu compañía. No, no te puedo tomar en serio.

—Bueno... Pues tómame como quieras...

Carlos se sentó en el borde de la litera, asió una mano de Nancy, y sonrió.

—Por mi gusto, te tomaría con tequila y limón.

— ¿Tienes tequila en la lancha?

—Y limón —asintió Cervantes.

— ¡Ooooh...! ¡Qué bien lo vamos a pasar!

—Sí —sonrió él, inclinándose más—. A mí siempre me ha gustado mucho el tequila con limón... ¿Y a ti?

—A mí, estoy segura, va a gustarme todo lo que te guste a ti.

—No hay nada tan formidable en la vida como dos personas que sepan ponerse de acuerdo. Bueno, voy a sacar la botella de tequila...

—Luego —susurró Nancy, rodeándole el cuello con los redondos bracitos que parecían de seda—. Luego. Luego...

CAPITULO VII

Paul Flynn colgó el auricular del teléfono, y quedó pensativo, evidentemente preocupado. Por fin, alzó la mirada hacia los tres hombres que esperaban cerca de él, de pie, mirándole expectantes.

—Kenton sigue sin aparecer, y Robbins continúa sin saber nada de él, como nosotros. Tampoco hay rastro de las chicas de Kenton. Algo está pasando.

—Quizá el señor Kenton esté encerrado con sus chicas y no quiera saber nada de nadie, de momento —sugirió Sark.

—No —negó Flynn—. Tanto Robbins como yo hemos pedido a la dirección del motel que vayan a su cabaña, alegando que el asunto es urgentísimo, vital. Nos han dicho que Kenton no está. Tampoco están Helen y Kathy.

—Deben estar en alguna playa, gozando de...

— ¡Claro que no, estúpido! —explotó Flynn—. No hemos venido aquí a hacer tonterías, sino a formar un bloque, sin descuidarnos por nada, para solucionar el asunto de Norman Lawton y las drogas. Kenton es demasiado listo y consciente para desequilibrar la situación... Ha ocurrido algo, eso es todo.

Sark apretó los labios, y quedó silencioso. A su lado, Bowman y Cooper permanecían inexpresivos. No eran ellos quienes tenían que tomar decisiones, sino su jefe, Paul Flynn.

—Está bien —susurró éste—. Tú te quedas conmigo, Sark. Y vosotros dos vais a daros una vuelta por el motel de Kenton. Con toda discreción, pero meted las narices por todas partes. Ya me entendéis.

—Desde luego, señor Flynn —asintió Cooper—. Vamos, Bowman.

Los dos abandonaron la suite que ocupaba Flynn, dejando a éste todavía pensativo, contemplado por el silencioso Sark, que optó por ir a sentarse en un sillón a continuar leyendo una revista.

No debían pasar ni tres minutos, que se habían marchado Bowman y Cooper, cuando sonó la llamada a la puerta. Sark se puso en pie, miró a Flynn, y cuando éste asintió fue a abrir.

Se encontró frente a un sujeto alto, de hombros anchos, con ropa de marino, una sucia gorra sobre la melena.

— ¿Qué desea?

—Hablar con el señor Flynn —dijo el visitante.

—El señor Flynn no...

—Dígale que vengo de parte del señor Kenton.

Hubo una sacudida en los párpados de Sark. Cerró la puerta ante las narices del visitante, y regresó a la salita, donde Flynn, todavía sentado, le dirigió una furiosa mirada.

—Eres un imbécil —mascullló—, ¡Cachéalo y déjalo pasar, naturalmente!

—Sí, señor.

Sark regresó, abrió la puerta, y miró al otro, que sonreía como divertido. Con un gesto, le autorizó la entrada. Cerró la puerta, y con otro gesto le indicó al visitante que debía alzar los brazos. El cacheo de Sark fue perfecto, desde la cabeza a los pies, pero no encontró ningún arma. Ni siquiera un alfiler. Entonces, señaló hacia la salita, y el otro, tranquilamente, fue hacia allá.

Flynn continuaba sentado, con un cigarrillo en los labios y las manos metidas en los bolsillos del elegantísimo batín de seda. Tenía su gracia aquello: un tipo calvo como una sardina y repelente como un pulpo, y disfrutando de aquel precioso batín...

— ¿Señor Flynn? —preguntó el recién llegado.

—Sí. ¿Qué sabe de Kenton?

—Solamente que está en mi pesquero, y que me ha pagado muy bien por permitirle quedarse allí, a mí me parece que escondiéndose de algo. Pero, mientras me pague lo que me ha pagado, puede disponer de mi barco el tiempo que quiera.

—Ya. ¿Qué es lo que está pasando?

—Sobre eso, no tengo ni idea. Sólo sé que el señor

Kenton está en mi pesquero, y que me ha dicho que venga a buscarlo a usted y a sus amigos para ir allí. También tengo que ir luego a buscar a un tal señor Robbins, al Acapulco Marriot. ¿No hay nadie más aquí?

— ¿Por qué habría de haber alguien más?

—Bueno, el señor Kenton me dijo que había tres hombres con usted, y como sólo veo a uno...

—Ya. Los otros están ocupados, precisamente interesándose por el paradero del señor Kenton. ¿Él está bien?

— ¿El señor Kenton? Sí, sí. Bueno, a mí me parece que está asustado, pero mis amigos dicen que soy demasiado fantástico... ¿Le espero aquí o abajo?

— ¿Me espera? —alzó las cejas Flynn.

—Sí, claro... Para llevarles a ustedes a mi barco. ¿No?

—Claro que no.

—Pero el señor Kenton...

—No sé lo que está pasando —deslizó fríamente Flynn—, pero soy ya gato demasiado viejo para que venga un tipo como usted a tomarme el pelo, amigo. ¿Cuál es el juego?

—Señor Flynn, no entiendo... Le aseguro...

—Yo sí le aseguro que ni estando loco iría a ningún sitio con usted. A menos que antes hable con Kenton personalmente. Y para hacer eso, lo haré a mi manera. ¿Cuál es el nombre de ese pesquero, y dónde está exactamente?

—Si ustedes vienen conmigo...

—No vamos a ir con usted, ¿no lo entiende? Y si quiere evitarse males mayores, le sugiero que conteste a mis preguntas. Luego, ya veremos lo que decido sobre usted, una vez me haya asegurado de que ha dicho la verdad..., o de que ha mentido, que es lo más probable. ¿Va entendiendo ahora?

—Sí, señor. En definitiva, usted está poniendo las cosas difíciles, señor Flynn. ¡Con lo sencillo que sería ir al pesquero los tres!

—Quítese eso de la cabeza. ¿Dónde?

Sark respingó, sobresaltado, y llevó velozmente la mano a su axila izquierda cuando Carlos Cervantes, que estaba dando frente a Flynn, giró sobre un pie, imprimiendo a su cuerpo el movimiento de una puerta que se abre, y su puño derecho, colocado verticalmente el antebrazo, fue a golpear, con el dorso, en la barbilla del matón, que crujió bajo el aparentemente inofensivo pero en realidad tremendo impacto del ura ken. Los ojos de Sark giraron como bolitas dentro de un vaso, y el guardaespaldas se desplomó hacia atrás, tieso como un palo.

Habría caído, haciendo no poco ruido en el piso, si Carlos no lo hubiese sujetado rápidamente, para depositarlo con cuidado en el piso, evitando todo ruido.

En este breve espacio de tiempo, Cervantes se dio cuenta del error que había cometido: Flynn había sacado la mano derecha del bolsillo del batín, mostrando la pistola con silenciador que había tenido oculta, apuntó a Cervantes, y disparó.

Plop, chascó el disparo.

En realidad, Carlos Cervantes salvó la vida más gracias a su cerebro que a sus músculos. Recibió la bala en el costado derecho, mientras comenzaba a incorporarse, y, acto seguido, todo fue una sola cosa: contener el grito, comprender que si terminaba de erguirse iba a recibir otro balazo, y, basándose en esta certidumbre, llevar a cabo la acción de réplica. En lugar de terminar de erguirse, se tiró hacia el suelo y hacia delante, en dirección a Flynn, que, en efecto, volvía a disparar, poniéndose en pie..., y calculando que el visitante iba a terminar de hacerlo. De este modo, la bala destinada al pecho de Cervantes, pasó por encima de su cuerpo holgadamente, mientras el mexicano, deslizándose por el suelo, llegaba justo ante Flynn, que lanzó un chillido de rata, y comenzó a bajar la mano armada, para disparar de nuevo.

Pero, el puño izquierdo de Cervantes subió, golpeó en la parte inferior de la muñeca de Flynn, y alzó la pistola, apuntando hacia el techo en el momento del disparo. Es decir, hacia arriba, pero no directamente hacia el techo, ya que entre éste y la bala se interpuso la cabeza de Paul Flynn.

La bala le entró en la cabeza rozando la garganta en el ángulo con la barbilla, y salió por el centro de la cabeza, por todo lo alto, ocasionando un feo boquete que pareció un surtidor rojo y gris, espeluznante. Flynn no dijo ni pío. Estuvo un instante inmóvil, la pistola escapó de sus dedos, y cayó hacia atrás, quedando de nuevo sentado en el sillón. La cabeza se abatió sobre el pecho, y Carlos, ahora en pie, se quedó mirando el boquete de salida, lívido.

Espeluznante. Escalofriante. Horrendo.

El mexicano tragó saliva, y bajó la mirada a su propia herida. Desde luego, la bala había salido, ocasionando lo que se podría definir como un pequeño pellizco. Dolía y sangraba por supuesto, pero no sería de eso por lo que muriese Carlos Cervantes.

Lo primero que pensó fue marcharse de allí, pero, en seguida, recordó que debía apoderarse de la libreta de Paul Flynn. Y, tras volver a mirar a éste, decidió que no la llevaba encima. Fue al dormitorio, y se dedicó a registrar rápidamente los trajes que había colgados en el armario. La libreta no apareció... y la cosa se iba complicando, pues la herida, pese a que se había puesto un pañuelo, sangraba demasiado. Tuvo que suspender la búsqueda de la libreta para ocuparse de la herida. En el cuarto de baño, aprovechando el contenido de un bien surtido botiquín, efectuó una cura rápida y sencilla,

terminándola con una gasa muy doblada que adhirió con esparadrapo.

Perfecto... a no ser que el jersey blanco y azul listado mostraba un feo agujero manchado con un líquido oscuro que parecía haberse convertido en cartón. Debería buscar algo para ocultar aquello. Pensó en una chaqueta, pero las de Paul Flynn no le servían, eran demasiado pequeñas para él. Así que pensó en las del guardaespaldas al que había tumbado.

¡El guardaespaldas! Sobresaltado, Carlos salió corriendo del cuarto de baño, temiendo que Sark estuviese a punto de recuperar el conocimiento. ¡Y ni siquiera le había quitado la pistola!

Pero no.

No había peligro alguno. Sark continuaba tendido en el suelo, tal como lo había dejado, y eso tranquilizó a Carlos, que se acuclilló junto a él, y procedió a quitarle la chaqueta. Sark cedía blandamente, parecía de goma, y estaba frío... La mirada de Carlos quedó fija en la hundida barbilla del matón. Hundida de un modo extraño, como rota y encajada allí a golpes de mazo.

—Dios... ¡No!

Pues sí, Sark estaba muerto. El golpe, por percusión, le había roto la base del cráneo. Así de simple. Carlos estuvo unos segundos mirándose las manos, extendidas, muy separados los dedos. «Soy arquitecto», había dicho.

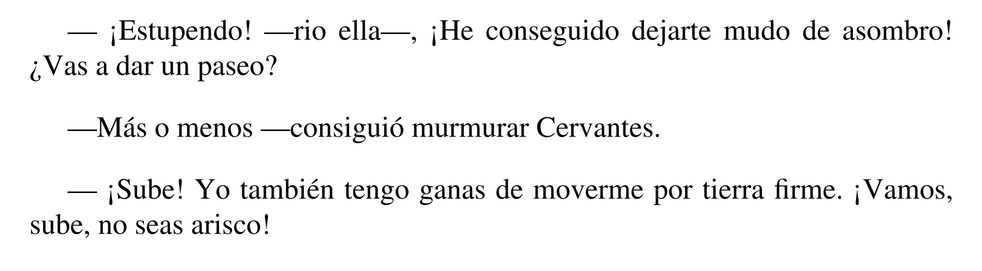
Reaccionando, acabó de quitarle la chaqueta a Sark, la dejó a un lado, y regresó al dormitorio. Tres minutos más tarde, en el doble fondo de una maleta, encontró la libreta de Paul Flynn, así como no menos de veinte mil dólares en billetes USA, que se embolsó.

No tenía nada más que hacer allí, ya había hecho demasiado.

Se puso la chaqueta de Sark, abrió la puerta de la suite, y se asomó al pasillo. Nadie. Segundos después, descendía la escalera, con paso normal, tranquilo. Un poco más tarde, cruzaba el vestíbulo del hotel, y salía a la calle. Se había llevado la llave de la suite, tras cerrar la puerta, pero tenía que deshacerse de ella; pensarían que Paul Flynn se la había llevado distraídamente, así que nadie entraría allí por lo menos hasta que a la mañana siguiente, el servicio de habitaciones hiciese su ronda para...

— ¡Hola! —sonó alegremente el saludo.

Carlos volvió vivamente la cabeza. Lo primero que abarcó su primer golpe de vista fue el coche descapotable, detenido junto al bordillo. Acto seguido vio a Melanie Parker, al volante.



— ¡Estupendo! —rio ella—, ¡He conseguido dejarte mudo de asombro! ¿Vas a dar un paseo?

—Más o menos —consiguió murmurar Cervantes.

— ¡Sube! Yo también tengo ganas de moverme por tierra firme. ¡Vamos, sube, no seas arisco!

Carlos fue a sentarse junto a la muchacha, y ésta continuó adelante, atenta a la circulación.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó Carlos.

—Ya te lo he dicho: he salido a dar un paseo, y, lo que son las casualidades de la vida, de pronto veo a un hombre que me recuerda a alguien, pero, no estoy segura, porque parece otro. No deberías comprarte ropa de confección. Por ejemplo, esa chaqueta parece que no sea tuya.

—No todos podemos hacernos ropa a la medida —gruñó Carlos.

Ella le miró un instante, sonriendo, y movió la cabeza.

—Creí que habías quedado convencido de que ni soy tartamuda ni tonta. Al principio, sí, cuando te veía en la lancha, tus idas y venidas, y las visitas de las dos rubias, y el día anterior la de aquella preciosa morena, pensé que eras un aventurero de poca monta, un don nadie con buena facha, simplemente. Por eso no quise invitarte a mi yate y pedirte que posases directamente. Pero después de haber hablado contigo esta mañana, mis ideas sobre ti se han aclarado mucho. No sé si eres realmente arquitecto, pero por ahí andará la cosa. Desde luego, tienes un título universitario, yo sé percibir esas cosas. Las personas con auténtica clase siempre tienen un... estilo, una característica especial. Así que eres alguien, y como consecuencia, no debes andar escaso de dinero. Así pues, ¿por qué no te buscas un buen sastre, Carlos?

—Pensaré en tu sugerencia... ¡Frena!

— ¿Qué pasa?

—Nada importante. Sólo que voy a telefonear. Gracias por el paseo.

—De nada.

Carlos se apeó, se alejó, y entró en un establecimiento. Melanie encendió un cigarrillo, y se dispuso a esperar, pesase a quien pesase. Pero no tuvo que esperar ni siquiera cuatro minutos; Carlos Cervantes salió del establecimiento, la vio, y tras vacilar regresó para sentarse de nuevo junto a ella.

—De modo —murmuró— que me has estado siguiendo desde que me

alejé de mi lancha.

Tras un breve titubeo, Melanie asintió.

—Sí. Dime una cosa: ¿quizá tienes habitación en El Mirador, y has estado ahí para recoger la chaqueta, por ejemplo?

—Te dije que me olvidases.

—Lo recuerdo perfectamente. Pero ya ves que no te he hecho caso. ¿Te encuentras bien?

— ¿Yo? ¡Fuerte como un tigre!

—Pues a mí me parece que estás un poco pálido... ¿Adónde te gustaría ir?...

—Déjame cerca del Acapulco Marriot.

— ¡No me digas que también tienes habitación ahí! —exclamó Melanie, verdaderamente sorprendida.

—No. Ahí sólo está mi amante.

— ¡Oh! ¿La morena de ayer?

—No, no. Es una vieja norteamericana, con más pellejo y huesos que carne. Casada. Con mucho dinero, claro.

—Ya —sonrió Melanie—, Y ahora, yo debo desilusionarme completamente y no insistir en estar contigo.

—Es de suponer que tendrás un mínimo de dignidad.

— ¿Qué entiendes tú por dignidad?

—Respeto por uno mismo. ¿No?

—Buena definición. Sí, tengo dignidad.

—Pues ya sabes.

Melanie no contestó. El resto del camino lo hicieron en silencio. Finalmente, ella detuvo el coche, y señaló hacia delante, donde se veían las luces del Acapulco Marriot. Un poco más allá, más pequeños, el Maris y el Ritz. Inmediatamente a la izquierda la colina se elevaba, salpicada de puntos de luz...

Carlos miró a Melanie, que permanecía en silencio, con la mirada fija al

frente. El mexicano hizo un gesto simpático, dio una palmadita en una rodilla de la norteamericana, y se apeó, alejándose hacia el Acapulco Marriot, sin volver la cabeza.

Poco después entraba en el hotel, y se dirigía directamente a uno de los teléfonos de línea directa. Llamó al propio Acapulco Marriot, y pidió por el señor Robbins. Charles Robbins... Tras brevísima espera, obtuvo respuesta en la suite de Robbins, pero no era éste quien atendía el teléfono, sino otro hombre. Carlos insistió en que tenía que hablar sólo con el señor Robbins, y lo consiguió.

—¿ ..?

— ¿Es usted el señor Robbins? —quiso asegurarse Carlos.

CAPITULO VIII

—Sí, yo soy Robbins —aseguró éste—. ¿Con quién hablo?

— ¿Pancho Villa? Divertida broma, señor Villa. ¿Nos conocemos, quizá?

Mientras hablaba, Robbins miraba a sus dos guardaespaldas, Corbett y Lubbock, que esperaban, muy atentos. Con ellos se sentía seguro, así que cuando escuchó la proposición por teléfono, sonrió irónicamente.

—Mire, señor Villa, no sé quién es usted ni qué quiere, pero una cita en un pesquero...

— ¿El señor Kenton está allí? ¿Y el señor Flynn también? No le creo... ¿Qué pueden hacer ellos en un pesquero?

—Bueno, desde esta mañana no localizamos al señor Kenton, pero no hace mucho estuve en contacto con el señor Flynn, así que dudo que usted esté siendo sincero.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. Llame dentro de cinco minutos y volveremos a tratar del asunto.

Charles Robbins pulsó la horquilla del teléfono, y pidió comunicación con el señor Paul Flynn, en El Mirador. Tras una considerable espera, le dieron la noticia desde la centralita de El Mirador, el señor Flynn no estaba en su suite. Robbins colgó el auricular, y se lo quedó mirando. No tardó mucho en sonar el timbre.

— ¿Sí?

— ¿...?

—Sí, sí, soy yo.

—¿...?

—Digamos que puede ser cierto, ya que ahora tampoco he conseguido contacto con Flynn. Pero, amigo, olvide eso de que yo salga de aquí, solo, para reunirme con usted donde me diga e ir a un pesquero. Olvídelo, de veras. Sin embargo, puedo ofrecerle otra idea para es-a entrevista nuestra antes de ir al pesquero.

—¿...?

—Es una idea simple: venga usted a verme a mí.

—Si son ellos los que le preocupan, podemos vernos a solas. Se lo voy a

poner muy, muy fácil: vamos a encontrarnos arriba, en la azotea. Estaremos solos, usted podrá comprobarlo. Es inútil que insista: o a mi modo, o esto es todo. Decida.

—Okay. Entonces, nos vemos dentro de diez minutos en la azotea.

Robbins colgó, estuvo unos segundos contemplando el auricular, y luego sonrió fríamente, mirando a sus guardaespaldas.

—Subid a la azotea, y esconderos por allí.

—Eso no va a ser fácil, señor Robbins, con tanta luz.

—Hacedlo como queráis, pero hacedlo —gruñó Robbins—. Y no intervengáis a menos que yo os lo indique expresamente. Ahora fijaos bien: si me paso la mano derecha por la cabeza, quiere decir que matéis a ese hombre, sea quien sea, sí me paso la mano izquierda por la barbilla, quiero que lo cacéis, pero vivo. ¿Está claro?

Lubbock y Corbett asintieron, y abandonaron la suite, tras echar un vistazo a sus pistolas. Charles Robbins se dejó caer en un sillón, y quedó meditabundo. Algo estaba ocurriendo naturalmente... Algo que no había sido calculado en los planes de Raymond Ashton. ¿O quizá era todo una jugada de Ashton? Durante cinco minutos, el canalla estuvo reflexionando sobre el asunto, sin atreverse a tomar una postura respecto a lo que sucedía. Lo mejor era acudir a la cita con Pancho Villa, y quizá así las cosas se aclarasen.

Salió de la suite, tomó el ascensor hasta el final, y, cuando apenas se cumplían los nueve minutos concertados con Villa, aparecía en la azotea. Una brisa fresca llegaba desde la boca de la bahía. Enfrente veía las luces del hotel Prado Américas, y más allá, las de Roqueta.

Y el mar, que se abría entre Punta Bruja y la isla...

Y los puntos de luz de numerosas embarcaciones.

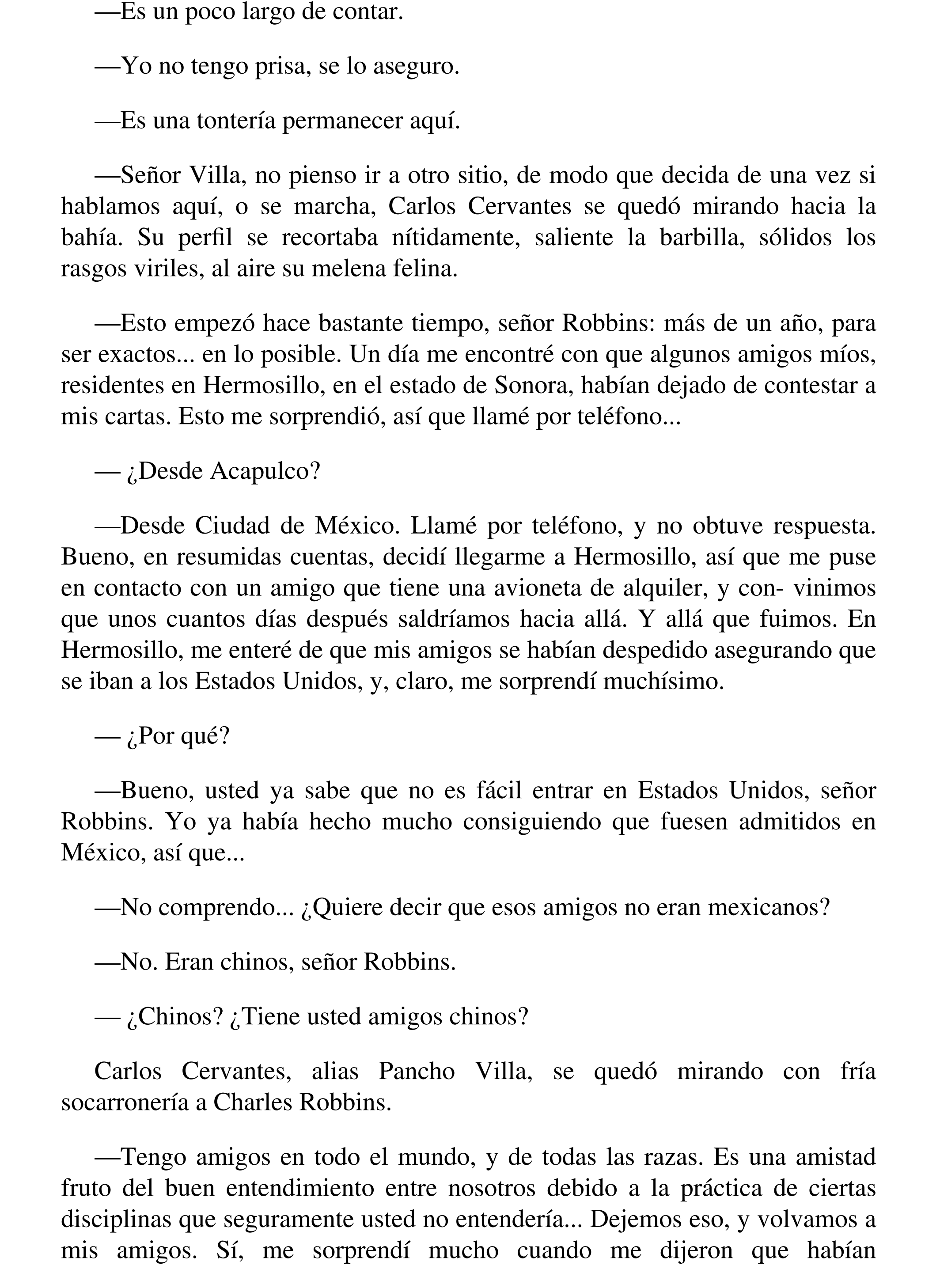
—Buenas noches, señor Robbins.

Este respingó fuertemente, y se volvió poco menos que de un salto, encontrándose de manos a boca con el sujeto, cuya voz identificó en seguida. Lucía frondoso bigote, chaqueta de tono claro, pantalones también claros..., y calzaba zapatillas. Chocante.

—Creí que no había llegado aún —pudo decir Robbins.

—He llegado unos segundos antes que usted, nada más. Y debo decirle que no me gusta este lugar, para una entrevista de estas características.

Sinceramente, sería mejor que fuésemos ahora mismo al pesquero.



—Dígame qué es exactamente lo que usted quiere, señor Villa.

—Es un poco largo de contar.

—Yo no tengo prisa, se lo aseguro.

—Es una tontería permanecer aquí.

—Señor Villa, no pienso ir a otro sitio, de modo que decida de una vez si hablamos aquí, o se marcha, Carlos Cervantes se quedó mirando hacia la bahía. Su perfil se recortaba nítidamente, saliente la barbilla, sólidos los rasgos viriles, al aire su melena felina.

—Esto empezó hace bastante tiempo, señor Robbins: más de un año, para ser exactos... en lo posible. Un día me encontré con que algunos amigos míos, residentes en Hermosillo, en el estado de Sonora, habían dejado de contestar a mis cartas. Esto me sorprendió, así que llamé por teléfono...

— ¿Desde Acapulco?

—Desde Ciudad de México. Llamé por teléfono, y no obtuve respuesta. Bueno, en resumidas cuentas, decidí llegarme a Hermosillo, así que me puse en contacto con un amigo que tiene una avioneta de alquiler, y con- vinimos que unos cuantos días después saldríamos hacia allá. Y allá que fuimos. En Hermosillo, me enteré de que mis amigos se habían despedido asegurando que se iban a los Estados Unidos, y, claro, me sorprendí muchísimo.

— ¿Por qué?

—Bueno, usted ya sabe que no es fácil entrar en Estados Unidos, señor Robbins. Yo ya había hecho mucho consiguiendo que fuesen admitidos en México, así que...

—No comprendo... ¿Quiere decir que esos amigos no eran mexicanos?

—No. Eran chinos, señor Robbins.

— ¿Chinos? ¿Tiene usted amigos chinos?

Carlos Cervantes, alias Pancho Villa, se quedó mirando con fría socarronería a Charles Robbins.

—Tengo amigos en todo el mundo, y de todas las razas. Es una amistad fruto del buen entendimiento entre nosotros debido a la práctica de ciertas disciplinas que seguramente usted no entendería... Dejemos eso, y volvamos a mis amigos. Sí, me sorprendí mucho cuando me dijeron que habían

embarcado hacia Estados Unidos, ya que me constaba que no tenían visado alguno, ni, por el momento, la más pequeña posibilidad de ser admitidos. Por lo tanto, me puse a pensar que para entrar en Estados Unidos quizá habían recurrido a procedimientos ilegales, o bien, más creíble en ellos, que alguien les había engañado en algún modo. La conclusión final fue la de que alguien les había estafado, haciéndoles creer que podían arreglarles los documentos necesarios para ser admitidos en U.S.A., y luego se habían quedado con su dinero y habían desaparecido. Pero, si así había sido..., ¿dónde estaban mis amigos? No me pareció propio de ellos esta actitud, este comportamiento: cuando menos, sé que me habrían enviado noticias, alguna explicación... Y como no era así, sin darme cuenta me encontré investigando sobre el paradero de mis amigos.

— ¿Los encontró?

Carlos se pasó la lengua por los labios, y movió la cabeza con gesto negativo.

—No. Pero, en mis investigaciones, naturalmente rudimentarias, como comprenderá, me fui enterando de que, lo mismo que ocurría con mis amigos había ocurrido, en fechas recientes, y en otras fechas, no sólo en Hermosillo, sino en varios puntos de la costa del Golfo de California, e incluso más abajo, y hasta en pueblos del interior del continente. Y de pronto, me encontré con que había sacado en limpio una sola cosa: desde hacía mucho tiempo, muchos mexicanos habían desaparecido, diciendo que se iban a Estados Unidos, y, nunca se volvió a saber de ellos. A partir de ese momento, mis investigaciones fueron tomando un cariz más serio y profundo. Contraté a un detective privado de Los Angeles, le dije lo que ocurría, y nos pusimos a trabajar los dos y algunos de sus hombres... ¿Adónde dirá que llegamos, señor Robbins?

—No sé.

—Me parece que sí lo sabe. Pues, llegamos hasta el fondo. O casi hasta el fondo. Supimos que, periódicamente, determinado barco embarcaba pasajeros mexicanos clandestinamente, asegurándoles que podía introducirlos en Estados Unidos, mediante una prima más o menos importante. Pero, señor Robbins, fíjese bien: ni una sola de las personas cuyo nombre conseguimos, relacionada con esto, había llegado a Estados Unidos. Usted quizá va a decirme que claro, que si estaban allí ilegalmente, no iban a darle su dirección al alcalde de la ciudad, por ejemplo. Sí, lógicamente, se debían esconder. Pero, la Policía norteamericana, no es demasiado tonta, así que yo pensé que alguno que otro mexicano debía haber sido descubierto, y devuelto a México, o encarcelado. Alguna de estas cosas, ¿no le parece? Era del todo increíble que ni uno solo de los mexicanos entrados clandestinamente en U.S.A. hubiese sido descubierto. Imposible absolutamente. ¿Conclusión?

—Dígamela usted.

—La conclusión fue que, en el barco al cual conseguimos llegar, y posiblemente en otros más dedicados a la misma actividad, eran transportados hombres y mujeres que querían colarse en Estados Unidos..., pero que nunca llegaban allá. Y no llegaban allá porque, señor Robbins, no era cierto que en el seno del Golfo de California les estuviese esperando un camión, o una avioneta, o algunos helicópteros, para llevarlos a California en el último tramo del viaje. No. No era cierto. Lo cierto era que todas esas personas estaban muertas.

Nunca llegaban al término del viaje..., porque en pleno Golfo eran arrojadas al mar, con un saco de piedras amarrado a los pies. Me pregunto... me pregunto, señor Robbins, cuántas personas han ido a parar al fondo del Golfo de California. ¿Lo sabe usted?

Carlos, que había estado mirando hacia la bahía, volvió a mirar a Robbins, que estaba pálido, inmóvil. Robbins tragó saliva, desvió la mirada, y permaneció en silencio.

—Seguramente, ni usted mismo lo sabe. Por otra parce éste era... y sigue siendo, uno de los negocios preferidos del señor Ashton, no de usted. ¿Sabe cómo me enteré muy bien de todo?

—No.

—Bueno, primero, llegamos a saber que aquel barco era propiedad de determinada persona, que trabajaba para una empresa, que era filial de otra empresa, que a su vez estaba bajo el control de otra empresa..., que pertenecía al señor Ashton. Era todo tan complicado, tan vago, tan... poco creíble en principio, que por el momento, decidí no complicarle la vida a nadie, de modo que le dije al detective privado que hasta allí habíamos llegado, que el asunto había dejado de interesarme. Pero acto seguido, por mi cuenta y riesgo, me puse a trabajar..., es decir, seguí adelante con el asunto. Mi mentalidad es... un tanto especial, señor Robbins, en el sentido de que cuando me propongo una cosa llego siempre hasta el final, hace muchos años que tengo educada en este sentido mi mente, mi modo de ser. Pero, llegar hasta el final, hasta el señor Ashton, no parecía en absoluto fácil, al menos del modo que yo quería. Así que estuve rondándolo, enterándome de cosas suyas, siguiéndole durante semanas enteras lo más cerca que podía... Finalmente, me decidí a atacar. Y descargué mi golpe... ¿Conocía usted a un hombre llamado Murray Daniels?

Robbins respingó.

— ¡El lugarteniente de Ashton...!

—Exacto. Su accidente de coche fue... muy especial: antes, el señor Daniels pasó por mis manos. Y le aseguro que ésa no es una experiencia agradable. Tuve conmigo, en cierto lugar previamente elegido por su discreción y seguridad, al señor Daniels... Y cuando éste entró en conocimiento de todo lo que yo podía hacerle con las manos vacías, optó por lo más razonable: sincerarse conmigo. De este modo, entré en conocimiento de todos los negocios del señor Ashton, prác- ticamente. Entre otras cosas, supe que mis temores sobre mis amigos habían sido fundados: ellos, como otras muchas personas, están ahora en el fondo del Golfo de California. Y ello, después de haber sido engañados, estafados por los asesinos que sirven a gente como Raymond Ashton... y como usted. Tal fue mi poder de persuasión que Murray Daniels me informó incluso de los últimos planes surgidos de la fértil mente de Raymond Ashton. Ya sabe: todo eso de asociarse con ustedes, de desbancar a Norman Horace Lawton de su trono de narcóticos...

— ¿Sabe usted todo eso? —jadeó Robbins.

—Lo sé todo. Ya le digo que Murray Daniels comprendió muy pronto que debía ser sincero conmigo.

—Pero..., ¿cómo no denunció a Ashton a la Policía o...?

—Señor Robbins, sé muy bien que, al igual que Norman Horace Lawton, también ustedes disponen de gran-des recursos legales, por medio de personas influyentes a su servicio, así que yo no habría sido más que una pequeña hormiga para todo su tinglado. No habría hecho otra cosa que el ridículo..., y arriesgar estúpidamente mi vida. Entonces, le di la vuelta al asunto: les iba a dejar a ustedes que se encargasen de eliminar a un canalla como es Norman Horace Lawton, y, acto seguido, yo les hundiría a ustedes, Y, queriendo asegurarme bien de todo ello, me las arreglé para entrar en contacto con el señor Ashton, por medio de su muñequita, la graciosa Nancy.

— ¿Conoce usted personalmente a Ashton?

—Por supuesto. En estos momentos tengo el encargo de él de asesinarlos a usted, al señor Kenton y al señor Flynn. Mi precio ha sido de doscientos cincuenta mil dólares.

Charles Robbins se pasó la mano derecha por la cabeza, muy despacio.

—No le creo —musitó.

—Hace mal. En estos momentos, el señor Kenton está muerto, y sus amiguitas Helen y Kathy están con unos amigos míos que me ayudaron a montar el tinglado para contactar con Ashton. Tres buenos amigos a los que, aparentemente, les di una tremenda paliza, matando a uno de ellos y

echándolo luego al mar... ¡Pobre Felipe! Tuvo que nadar un buen rato antes de regresar a la costa y ser recogido por Juan y Chema. Pero eso sería alargar demasiado la historia, señor Robbins. En resumen, me las arreglé para entrar en contacto con Raymond Ashton, ya que sabía que él quería matarlos a ustedes tres, y yo podía presentarme como el... instrumento adecuado para sus planes: fuerte, con experiencia, desconocido, no uso armas, tengo iniciativa. . Digamos que Raymond Ashton picó el anzuelo con toda la bocota, y quedó atrapado.

— ¡Atrapado! —bufó Robbins—. ¡Él y su hija están en Estados Unidos, ahora!

—Así parece. Encargándose de organizar el asesinato de Norman Lawton, según entiendo.

—En efecto, sí —se pasó Robbins la mano por la cabeza.

—Bueno —sonrió secamente Carlos—, me parece que si es así, no volveremos a ver al señor Ashton. O quizá sí, si se atreve a regresar a Acapulco, a su yate.

— ¿Qué quiere decir?

—Esa es una pequeña sorpresa que le tengo reservada para el señor Ashton en persona. Mientras tan! o, claro, he ido cumpliendo el contrato verbal que hice con él: ya han muerto James Kenton y Paul Flynn. Si bien debo asegurarle que mis intenciones eran otras: quería llévanos a todos al pesquero donde están mis amigos, pero sólo lo conseguí con las amiguitas de Kenton. Y en estos momentos, quizá dos de los hombres de Flynn, que han ido a investigar en el motel, donde estaba Kenton, están también en el pesquero, pues avisé a mis amigos por teléfono para que los... recogiesen allí y los llevasen al pesquero. ¿Se da cuenta, señor Robbins? ¡Todo me va saliendo bien! Sólo me falta matarlo a usted para presentarme ante el señor Ashton, si es que vuelve, y decirle que he tenido muchísimo gusto en cumplir mi trabajo, y que ya le toca a él el turno de pagar...

— ¿Lo matará también?

—Depende. Mis intenciones son... ¿Le pasa algo en la cabeza, señor Robbins?

—No... no, no. ¿Por qué?

—Porque ya le he visto no menos de tres veces pasándose la mano por encima, como si le doliese, o algo así.

—No... No me duele nada, no.

—Ah. Entonces, claro, debe ser una señal para que sus hombres me maten, ¿no es cierto?

—No —palideció Robbins—. No, no. ¡No!

—Es usted muy considerado, entonces. Pero, de todos modos, si está esperando que sus hombres intervengan, desengáñese: antes de subir usted aquí, subieron ellos, y creyeron que podían ocultarse bien. Con lo que comprendí la jugada. Los dos están fuera de combate, así que no espere su ayuda. Y así las cosas..., ¿me entrega su libretita, señor Robbins?

—No... ¡No!

—Vamos, no sea estúpido. Quiero reunir todas esas libretas para hacerle un regalo al FBI, de parte de los mexicanos que reposan para siempre en el fondo del mar. Atacar a Raymond Ashton, o a cualquiera de ustedes, habría sido... como empezar a talar el árbol por la copa: me habrían detenido ustedes antes, o todas las ratas habrían podido escapar antes de que el árbol completo fuese abatido. Pero... ¿qué pasa si se ataca directamente al árbol por la base del tronco? Pues que el árbol cae pronto, completo, y las ratas no tienen tiempo de escapar, y son aplastadas por la pesada caída del propio árbol. Por eso, señor Robbins, quiero su libreta, para unirla a las otras, y con ellas tendré la certeza de que en Estados Unidos se hará una limpieza grandiosa, a partir de Norman Lawton, es decir, del tronco. Mientras tanto, yo, modestamente, me habré encargado de eliminar aquí a otras gentes tan canallas como ustedes. ¿Lo comprende? Y si yo fallo, tengo las cosas preparadas de tal modo que será lo mismo, el cepo se cerrará sobre todos ustedes. Todos caerán en él, se lo juro. ¿Me da la libreta?

—No... ¡No, espere, podemos...!

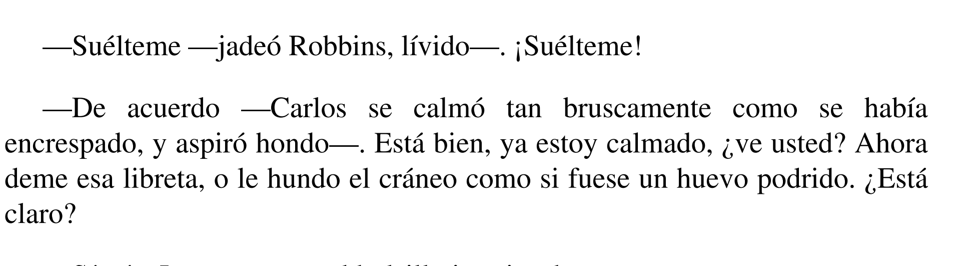
—Ahórrese molestias: no hay tratos. La libreta.

—No la tengo aquí. ¡Está en la caja fuerte de la dirección del hotel!

—Mentira. Si estuviese usted en batín, como Paul Flynn, podría admitir que la libreta estuviese en un traje, escondida en cualquier parte de su habitación. Cosas así. Pero sé con toda seguridad que no dejaría esa libreta en manos de nadie. Y como está usted vestido, Robbins, sé que la tiene en un bolsillo. ¿Me la entrega a las buenas?

—Escuche, Villa, puedo pagarle un millón de...

— ¡Un millón de mierdas! —casi gritó Carlos Cervantes, agarrando de pronto a Robbins por las solapas— ¿Ha oído bien? ¡Usted no tiene nada más que mierda, porque nada de lo que es suyo lo es realmente, ni siquiera su vida! ¡Usted mismo, como todo lo que tiene, es una pura mierda, una escoria,



un parásito de la Humanidad...! ¿Se entera? ¿Se entera?

—Suélteme —jadeó Robbins, lívido—. ¡Suélteme!

—De acuerdo —Carlos se calmó tan bruscamente como se había encrespado, y aspiró hondo—. Está bien, ya estoy calmado, ¿ve usted? Ahora deme esa libreta, o le hundo el cráneo como si fuese un huevo podrido. ¿Está claro?

—Sí, sí... La tengo... en el bolsillo interior de...

— ¡Démela de una vez!

—Sí... sí, si...

—Y cuidado con lo que saca del bolsillo, Robbins. Elija entre el pesquero y luego las autoridades, o la muerte ahora mismo.

—No, no —Robbins separó la parte izquierda de su chaqueta—. Vea, sólo llevo aquí una pluma y la libreta,

—Está bien: deme la libreta.

—Sí... Bueno, tengo que sacar la pluma antes, porque si no, la libreta no sale, y...

En esta ocasión, Carlos Cervantes fue pillado desprevenido en un noventa y nueve por ciento. El restante uno por ciento fue suficiente para salvarle la vida, sin embargo... Con sólo un uno por ciento de sus reflejos, fue superior a Charles Robbins.

Este, en efecto, había sacado la pluma del bolsillo, sin que Carlos le concediese la menor importancia. Sólo se la concedió cuando la pluma fue orientada hacia él por Robbins. En el mismo momento que esto sucedía, Carlos Cervantes comprendía, y Robbins efectuaba el disparo con su especialísima pluma-pistola, que disparaba pequeñas balas de cianuro. Fue una buena lección para Carlos Cervantes, que sólo tuvo tiempo de retroceder un paso, vivamente.

Fue suficiente. La bala de cianuro, que iba dirigida hacia su rostro, pasó por encima de la cabeza, agitando los cabellos, y se perdió en la noche. Pero, el pequeño fogonazo, tan cercano, dejó completamente deslumbrado a Carlos, que alzó un brazo, tardíamente, para protegerse.

Solamente oyó los pasos de Charles Robbins cerca de él, pero comprendió lo que ocurría: agotada la única carga de la pluma-pistola, Robbins empezaba a correr hacia donde suponía que podían estar sus hombres, con la esperanza

de que tuviesen sus pistolas, para tomar una de ellas y disparar contra él,

Charles Robbins solamente dio tres pasos en aquella dirección, que el oído de Carlos, completamente ciego en aquellos momentos, captó a la perfección. Y entonces, el mexicano disparó su puño derecho en aquella dirección, en un impresionante tsuki.

Fue como utilizar una perforadora sobre un bloque de mantequilla.

El puño alcanzó a Robbins de lleno en el pecho, hacia el centro, quizá un poco hacia la izquierda, sobra el corazón. El corazón de Charles Robbins, bajo aquel impacto, se detuvo en el acto, pero esto no fue todo; el puño se hundió casi tres centímetros, llevando hacia dentro las costillas, con sordo chasquido, y, simultáneamente, mientras Robbins salía despedido hacia atrás, de su boca brotó un chorro de sangre, con terrible violencia, fortísimo, pero hacia arriba, ya que la cabeza de Robbins rebotó como una pelota sobre su propio pecho hundido. Y estuvo un instante cara al cielo...

Momentáneamente cegado por el diminuto fogonazo efectuado tan cerca de él, Carlos no se dio cuenta del definitivo final de Charles Robbins, que, impulsado por el golpe, retrocedió, más bien fue lanzado, alzado, golpeó de espalda con el borde de la terraza, y se precipitó al vacío..., en un pavoroso silencio, pues ya estaba muerto.

Durante unos pocos segundos, Carlos Cervantes estuvo caminando, indeciso, con las manos ante los ojos, hasta que éstos recuperaron parte de la visión. Sólo entonces se dio cuenta de que Robbins no estaba allí, fulminado a sus pies. Desconcertado, aún tardó unos pocos segundos más en sospechar lo ocurrido. Se asomó, y, en efecto, abajo vio el gran grupo de gente que se estaba formando; desde allí, le llegaron voces excitadas, gritos... Algunas personas estaban mirando hacia arriba, así que se apartó vivamente, y echó a correr hacia la puerta de la azotea.

A toda velocidad, se lanzó escaleras abajo, hasta llegar al primer piso. Allí, se detuvo un instante, aspiró hondo, y terminó de bajar muy sosegadamente. Cuando apareció en el vestíbulo, no había nadie allí, prácticamente, todo el mundo había salido a ver lo ocurrido.

Salió a la avenida, y vio en seguida el grupo, oyó los comentarios, vio a las personas que señalaban hacia arriba... Charles Robbins debía haber quedado aplastado espantosamente, pero la morbosidad de la gente era superior a lo horrendo del espectáculo.

Completamente desapercibido, notando en el costado herido el ardor del pellizco producido por la bala disparada por Paul Flynn, el mexicano se alejó de allí..., comprobando con alivio y satisfacción que Melanie Parker, esta vez,


no le había esperado.

CAPITULO IX

Finalmente, siempre a pie, llegó al embarcadero. Había pensado en tomar un coche de alquiler, pero desechó la idea en seguida, pues no quiso correr el riesgo de que el conductor pudiera darse cuenta de que estaba herido.

Dispuesto a hacerse una cura más adecuada y completa en su lancha, saltó a ésta, y entró en seguida en el camarote, sin encender luz de momento, pues tenía suficiente con las del embarcadero, y con las que llegaban, a través del amplio ventanal de cristal plástico, procedentes de yates y otras embarcaciones cercanas.

Lo primero que tenía que hacer, antes de encender la luz, era correr las cortinillas, para que nadie viese la luz, especialmente desde el Stranger, no fuese que Melanie Parker intentase reanudar las...

Carlos Cervantes quedó inmóvil, tocando la litera inferior con las rodillas, las manos tendidas hacia las cortinillas especiales.

Había alguien en la litera.

Y sólo tardó un par de segundos en reconocer a aquella persona.

—Nancy —musitó—. ¡Nancy...!

La asió de un brazo y la sacudió. Pero, contra lo que esperaba, la muchacha no despertó.

No.

No estaba allí, esperándole dormida, no... La cabeza de la bonita rubia osciló blandamente de un lado a otro, como si tuviera el cuello de goma blandísima, desarticulado quizá. No era ni una cosa ni otra, simplemente, la habían degollado.

Pálido como un cadáver, Carlos Cervantes quedó inmóvil, viendo cada vez más claramente el horrible tajo que la muchacha tenía en la garganta. ¿O era sólo algún reflejo de luz que producía aquel efecto...? No, no era un reflejo de luz.

—Por Dios... —jadeó Carlos.

En aquel momento, en la cubierta, oyó el inconfundible sonido de alguien que acababa de saltar a bordo. Pero no era una sola persona, no... dos. No: tres.

—Carlos —oyó la voz de Mildred—. ¿Estás ahí?

El mexicano consiguió apartar los ojos de Nancy, por fin, y se irguió. Desde luego, Mildred no llegaba sola. Debía haber dos hombres con ella. No; tres, porque los golpetazos sobre cubierta habían sido de cuerpo pesados, calzados sólidamente, y la muchacha no podía haber producido ninguno de aquellos sonidos.

Una silueta se recortó de pronto en la bruscamente abierta puerta de acceso al camarote, y en seguida se hizo la luz dentro de éste, dejando ver a un hombre, que entró rápidamente, apuntando a Carlos con una pistola, provista de silenciador. Tras él, entraron dos más, igualmente armados. Luego entró Mildred, que miró a Carlos, sonriente.

—Eres muy malo —lo amenazó con un dedito—. ¿Por qué no me has contestado?

Carlos se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo. Mildred miró a Nancy, volvió a sonreír y la señaló.

—Pobrecita Nancy..., ¿verdad? Ella estaba... ¿Qué te pasa? ¿Estás herido?

Cervantes asintió con un gesto. Mildred estuvo mirándolo unos segundos, con extraordinaria amabilidad. De pronto volvió a sonreír, ampliamente.

—De todos modos, has sido muy eficaz, querido. ¡Oh, sí, ya lo creo que lo has sido...! Pero no entendemos del todo tu comportamiento.

— ¿A qué te refieres? —susurró por fin Carlos.

—Sabemos que has matado a Robbins, Flynn y Kenton. A este respecto, nada que oponer, pero...

— ¿Cómo lo sabéis?

—Pero Carlos, querido. ¡Te hemos estado vigilando, naturalmente! Les dijimos a nuestros amigos que nos íbamos a Estados Unidos a encargarnos del asesinato de un hombre llamado Norman Horace Lawton, pero, realmente, no hacía falta. Todo lo que tuvimos que hacer fue llamar por teléfono, y dar la orden... Como quiera que todo estaba preparado para ejecutar esa orden, el pobre Lawton ya debe estar muerto.

—Me alegro.

— ¿Te alegras? ¿Por qué? ¡Ves como eres bastante extraño! ¿Por qué te alegras?

—Tanto él como todos vosotros merecéis la muerte, Alteza.

—Sí —sonrió de nuevo Mildred—, cada vez me convenzo más de que eres

muy malo, Carlitos. Pero no sé si eres capaz de comprender que, al lado de personas como nosotros, no dejas de ser un aficionado a malo. Sólo eso. ¿Realmente creíste que estabas tratando con pobres tontos?

—Sí.

—Pues no. Ni mi padre ni yo somos tontos, así que desde ayer por la tarde, te sometimos a vigilancia en lugar de marcharnos a Ciudad de México para tomar el avión, como les dijimos a Flynn, Kenton y Robbins. De modo que supimos lo que hiciste con Kenton, y con sus chicas. Esto es, que desde su bungalow, te los llevaste con el coche del propio Kenton a un lugar donde estaba amarrado un pesquero. Luego volviste aquí. Estábamos muertos de curiosidad, así que claro te seguimos. Menos Forbes —señaló a uno de los hombres—, que se quedó vigilando el pesquero, a ver de qué se enteraba. Pero lamentablemente, el pesquero zarpó, y Forbes no pudo seguirlo, así que se reunió con nosotros, y mientras papá y yo descansábamos, ellos siguieron vigilándote. De modo que sabemos todo lo que has hecho. ¡Bravo! —aplaudió cómicamente—. ¡Lo has hecho de verdad muy bien, Carlitos!

—Gracias, Alteza. En cuanto a Nancy...

—Espera un poco. ¿No quieres saber quiénes son estos tres caballeros?

— ¿Quiénes son?

—Pues son los que, originariamente, debían haberse encargado de eliminar a Robbins, Kenton y Flynn. Pero cuando tú apareciste en escena, realmente, mi padre tuvo renovación de ideas. Por un lado, si todo era verdad, sería mucho más conveniente que todo lo hicieses tú. Por otro lado, si era mentira..., ¿quién eras tú y qué pretendías realmente? Por eso, te vigilamos, y sabemos lo del pesquero, y todo lo que has hecho. Todo. Incluso, que el dinero que te entregamos está en el pesquero, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, realmente, a nosotros no nos viene de un cuarto de millón, considerando que dentro de muy poco, vamos a ganar millones con la misma facilidad con que otras personas ganan centavos; no importa asa cantidad ridícula. Lo que importa son dos cosas. Una: queremos saber dónde está el pesquero. Dos: queremos saber quién eres tú, realmente. No contestes a la primera, porque eso lo solucionaremos muy pronto. Pero dime: ¿quién eres tú?

—Carlos Cervantes, un aventurero. Eso es todo.

—No, Carlitos, no... Mi padre vio ayer, en el pesquero, a un hombre de los que le atacaron la otra noche al salir de El Pavo Real. Precisamente, según las

explicaciones de Nancy, al que mataste a golpes y luego arrojaste al mar. Claro que papá lo vio de lejos, en la cubierta del pesquero... Pudo confundirse, ¿no te parece?

—Sí, se confundió.

Mildred Ashton sonrió angelicalmente.

— ¡Ay, Carlitos. Carlitos, qué malo eres...! No se confundió, hombre. Quien sí se confundió, fue la pobrecita Nancy. No debió... encapricharse tan descaradamente de ti. Eso disgustó mucho a mi padre.

— ¿La ha matado él?

— ¡Claro que no, qué barbaridad...! Cada uno, a lo suyo. El trabajo fue encargado a Liddell y Donovan. Pero deja que te lo explique bien... Nos fuimos los cuatro, y nos reunimos con estos tres amigos, que lo tenían todo preparado: armas, coches... Todo. Como éramos suficientes, podíamos controlaros a todos. Y ya te he dicho que os hemos estado vigilando... Lástima que el pesquero se haya esfumado, pero ya lo encontraremos. Te contaré la parte final: en cuanto vimos que alguien caía de la azotea del Acapulco Marriot, fuimos a ver quién era, claro está. Y al ver que era el pobre Robbins, comprendimos que habías terminado tu parte. Así que decidimos... terminar ya con el juego. Papá, con Liddell y Donovan, se vinieron hacia aquí, y acto seguido, papá encargó a sus guardaespaldas que trajesen a la lancha a Nancy, y la matasen, dejándotela como obsequio. Mientras tanto, nosotros te seguíamos a ti, después de verte salir del hotel con aspecto tan tranquilo. Y como sabíamos lo que te ibas a encontrar aquí, y sabemos muy bien lo que queremos, pues aquí estamos.

— ¿Y qué es lo que queréis?

—Las libretas de esos tres pobrecillos y queridos amigos.

—Sólo tengo dos, Robbins cayó con ella desde la azotea del hotel.

—Mientes —palideció Mildred, súbitamente.

—No —sonrió torcidamente Carlos—. No miento. Es seguro que la policía se hará cargo de esa libreta, Y, aunque de momento no sabrán qué significa, ni qué hacer con ella, pronto lo sabrán..., cuando reciban por correo las otras dos.

— ¡No! —gritó Mildred.

—Lo siento, Alteza, pero sí. Y además de las libretas, va una explicación con ellas. Mañana por la mañana, los dos sobres llegarán a manos de la policía mexicana. Luego mis amigos del pesquero les entregarán a las chicas de

Kenton, y seguramente a dos de los hombres de Flynn, que han debido ser capturados por mis amigos cuando han ido al bungalow a ver qué pasaba con Kenton. Entre esa gente y las libretas, contando con una razonable postura de entendimiento entre las autoridades norteamericanas y mexicanas, no sólo habrá muerto Norman Lawton, sino que toda su red de auxiliares de toda clase será desarticulada, aniquilada. En cuanto a vuestro grupo..., ya sabes que sólo queda tu padre... que no tardará en caer, también. De este modo habré terminado prácticamente yo sólo con dos organizaciones de los más grandes criminales de que he oído hablar jamás.

—Maldito... ¡Maldito seas...! —jadeó Mildred—. ¡Eres el más puerco que...!

—Debería cuidar su vocabulario, Alteza.

— ¡Todo es mentira!

—Su Alteza puede buscar todo el consuelo que quiera, intentando engañarse a sí misma, pero todo es verdad. Lo único que siento es no poder informar a mi maestro de lo que he hecho: se sentiría muy orgulloso de mí.

— ¿Tu maestro...? ¿De qué hablas?

—Estoy hablando de Sensei... Pero, claro, vosotros no sabéis nada de esto. Ni debéis haber oído hablar de la Kuro Arashi.

— ¿De qué?

—La Kuro Arashi. Es una organización... muy diferente de la vuestra, que dirige un solo hombre, ayudado por hombres también muy diferentes a estos que te acompañan. De todos modos, aunque yo muera, si seguís por ese camino en el supuesto de que escapéis a la policía, más pronto o más tarde recibiréis la estrella de la Negra Tempestad. Es una estrella negra, de seis puntas, en la que hay unos huecos en blanco que simulan los ojos y la boca. Unos ojos terribles, amenazadores, y una boca hosca, gesto amargo, duro. Sé que vais a matarme, Alteza, Pero, ¡cuidado!, ya que cuando uno de nosotros muere, hay otros que investigan cómo y por qué ha muerto. Sí —Carlos Cervantes sonrió de un modo que desconcertó y escalofrió a Mildred y sus asesinos—. Tarde o temprano, alguien de la Kuro Araski, de la Negra Tempestad, llegará hasta vosotros... Os compadezco.

—Este tipo se ha vuelto loco —masculló uno de los asesinos.

Carlos movió la cabeza, mirándolo conmiserativa-mente. Luego miró de nuevo a Mildred.

—Me has preguntado quién soy... De acuerdo. Soy Carlos Cervantes

Martínez, arquitecto, residente en Ciudad de México. ¿Más datos? Muy bien: soy hombre que ha viajado mucho, ha corrido mucho mundo... Así, conocí a un hombre que me orientó definitivamente en mi camino mental, espiritual incluso. Todos nosotros, los budokas, le llamamos simplemente Sensei, el Maestro. Sin su ayuda y comprensión, yo jamás habría comprendido realmente lo que es el karate...

— ¿Es usted karateka? —respingó otro de los hombres.

—Kárate Do Jo Dan —asintió plácidamente Cervantes—. Quinto Dan de Karate, árbitro internacional y maestro de esta disciplina de las Artes Marciales... Y con todo esto, no soy más que un niño al lado de mi maestro. Es triste para mí pensar que jamás volveré a verlo, sentado en su jardín, contemplando el cielo, las flores y los pájaros, inundado de serenidad y paz, llena su mente de luz...

— ¡Os digo que se ha vuelto loco! —insistió el asesino.

Carlos lo miró, volvió a mover la cabeza, y ya no dijo nada más.

— ¿Por qué sonríes? —se pasmó Mildred.

—En cierta ocasión, Sensei me dijo cosas sobre la Muerte... Y sobre la Vida. Siempre he tenido en cuenta lo que él dijo, y me ha servido de mucho: ahora sabré con seguridad si él estaba en lo cierto.

— ¿Qué fue lo que te dijo?

—Tú no lo entenderías nunca, Alteza. Para entenderlo, deberías tener un espíritu más limpio y refinado...

—Ya —exclamó Mildred, con sorna—. ¿Quizá la clase de espíritu que tiene la chica del Stranger?

— ¿Quién? —palideció Carlos.

—La chica del yate que está cerca del nuestro. Hacía días que la veíamos, pero no le hacíamos caso. Hasta que supimos que estuviste en el Stranger con ella, y luego la hemos visto esperándote con el coche... Papá está ahora con ella, haciéndole preguntas, supongo.

— ¡No!

—Claro que sí —sonrió Mildred—. ¿Qué creías? ¿Que la íbamos a dejar escapar?

— ¡Ella no sabe nada de todo esto...! ¡Nada!

—Eso ya se verá. Ahora, querido Carlitas...

—Mildred... Mildred, déjala marchar, dejadla. No le hagáis daño... ¡Te juro que no sabe nada de todo esto!

Mildred Ashton se quedó mirando perversamente a Cervantes. Acabó asintiendo con un gesto, y murmurando:

—Vamos a hacer un trato, Carlos... ¿Cambiarías la vida de esa muchacha por algo?

—No tengo nada que ofrecer que pueda interesaros...

—Las libretas. No las enviaste a la policía, ¿verdad? Ni hay notas explicativas de ninguna clase... ¿Cierto?

—No, no... Las he enviado, de verdad.

— ¿Qué ganas mintiendo? —se tornó amable Mildred.

—Lo absurdo sería intentar convenceros de que las tengo cuando no es así.

—Entonces..., ¿es cierto? ¿Las has enviado, con una nota?

—Sí.

— ¡Pues tanto peor para ti! —gritó, de pronto, Mildred, con los ojos relucientes de furia y odio—, ¡Maldito seas, tanto peor para ti, porque lo vas a pagar mucho más caro de lo que piensas!

— ¿Más caro que la vida? —sonrió Cervantes.

— ¡Mucho más caro! No... No vas a morir tan fácilmente, querido Carlos... ¡Lo vas a pagar todo! Incluso el regalo de amor que te hice...

— ¿De amor? Aquello fue sólo una porquería que acepté porque no tuve más remedio.

Mildred palideció una vez más.

—Te diré lo que vamos a hacer contigo —chirrió su voz—. Te vamos a hacer pedazos, a ti y a la chica del Stranger. Primero a ella, ante tus propios ojos. Y luego a ti. Te obligaremos a decirnos quién es tu maestro, dónde está..., y enviaremos personal adecuado para asesinarlo... ¡Ah, eso te afecta, según veo! ¡Pues eso es lo que haremos! ¡Y también nos dirás dónde está el pesquero, para que lo ataquemos, de modo que no quedará vivo nadie dentro de él, y lo hundiremos...! ¡Eso es lo que vamos a hacer contigo, cerdo!

— ¿Lo llevamos al yate, señorita Ashton? —propuso uno de los hombres.

— ¡Claro que...! No. No, no... No quiero que lo vea nadie abordar el Mildred II. Ni quiero correr riesgos: quizá tenga algunos amigos por aquí... No, al yate, no. Haceros a la mar con él, y dentro de poco, nosotros os seguiremos con el yate. Acercaos cuando nos veáis. ¿Entendido?

—Desde luego. ¿Qué hacemos con la chica? —señaló el hombre a Nancy.

—A esa puerca, tiradla al mar. Y cuidado con este cerdo.

Mildred Ashton salió furiosamente de la lancha. Durante unos segundos, se oyó su rumor en cubierta. Luego el silencio. Por fin, el que dirigía el grupo de asesinos, dijo:'

—Lomak, tú y Seranti os encargaréis de echar a la chica al agua, mientras yo me encargaré de éste. Pero eso será cuando estemos mar adentro. Ahora vamos a vigilar bien los tres a Carlitos.

—De acuerdo, Stevens —rio Lomak—, Oye, ¿no deberíamos registrarlo primero?

—Buena idea.

Como quiera que Carlos se había deshecho de las armas, no encontraron sobre él nada que fuese más interesante que el fajo de billetes encontrado en la maleta de Paul Flynn. Stevens lanzó un silbidito, y se guardó el dinero, sonriendo.

—Caramba, eres todo un millonario, ¿eh?

—Deberíamos obligarle a que nos entregue los doscientos cincuenta mil que le entregó el señor Ashton —propuso Seranti.

—Esos están en el pesquero, hombre. O quizá, los amigos de Carlitos ya se los hayan repartido. ¿Verdad, Carlitos?

—No. Todo el dinero que conseguimos los alumnos de Sensei procedente de gente como vosotros se lo enviamos, para que él lo distribuya en obras sociales, a su elección.

— ¡Menudo pájaro de cuenta, el tal Sensei! —soltó una risotada Lomak—, ¡Apuesto a que debe estar podrido de millones que le envían sus alumnos!

Carlos Cervantes dirigió una torva mirada a Lomak, pero no dijo nada. Stevens señaló hacia la doble puerta.

—Salgamos. Y mucho cuidado con lo que haces, Carlitos.

CAPITULO X

—Bueno, aquí está bien —dijo Stevens, cuando la lancha apenas había salido de la bahía—. Bajad a buscar a la chica y tiradla al agua. Lastradla con cualquier cosa, naturalmente. Y tú, no hace falta que te alejes más, Carlitos: limítate a dar vueltas por este lugar ¿Está claro?

Cervantes no contestó. Se limitó a obedecer, de modo que la lancha comenzó a describir un amplio círculo, dejando amplia estela de espuma, que parecía de plata líquida a la luz de la luna. A cada vuelta, Acapulco quedaba frente a la lancha, como un ascua de luces de colores. ¡Y pensar que hacía tiempo que él quería trasladarse a vivir a Acapulco...! Lo que iba a hacer allí, al parecer, era morir. Al menos, eso es lo que pretendían los Ashton. Pero después de hacerle pasar horas amargas, claro...

Lomak y Seranti aparecieron en cubierta, llevando entre ambos a Nancy Custer, lastrada con un búho que Carlos no pudo identificar, seguramente, cosas de su propiedad, quizá incluso libros. Por un instante, el rostro de Nancy relució a la luz de la luna, lívido, espectral, y Carlos Cervantes notó un nudo en la garganta. ¿Qué había hecho de malo en la vida la pequeña Nancy? Pues vender su mejor mercancía: ella misma. A quien realmente había perjudicado había sido a sí misma. ¿Y por eso había muerto? Aunque no. No había sido por eso, sino por el egocentrismo de un hombre que sí merecía la muerte mil veces, que era el canalla más...

— ¡Vamos, vamos, tiradla ya! —gruñó Stevens.

Había llegado el momento que Carlos había estado esperando. Las cosas estaban sucediendo tal como las hacía imaginado, de modo que su acción no fue una inspiración súbita, sino algo ya pensado, y por lo que mentalmente había pedido perdón a Nancy Custer, ya que implicaba que ella, irremediablemente, se iría al fondo del mar...

Seranti y Lomak habían alzado a la muchacha hasta la borda, y, justo en el momento en que ambos la empujaban, Carlos movió bruscamente el volante de la lancha, de modo que ésta viró hacia estribor..., mientras Nancy Custer, Lomak y Seranti eran despedidos por babor, violentamente.

— ¡Eeeeehh...! —se oyó un instante el grito de uno de los hombres.

Por supuesto, también Stevens había sido desplazado, pero no salió por la borda, sino que fue a dar de costado con ella, rebotó, cayó sentado, y se revolvió como una fiera hacia Carlos, lívido el rostro, crispada la mano que empuñaba la pistola con silenciador.

— ¡Te voy...!

El mae geri ejecutado por Carlos con la pierna izquierda fue demoledor: su pie dio en la pistola, llevó ésta hacia el rostro de Stevens, y la hundió allí, como si la cara del asesino fuese de mantequilla. El disparo brotó, pero la bala pasó rozando la cara de Stevens, llevándose la nariz..., mientras chocaba con la parte posterior de la cabeza contra el casco de la lancha. Acto seguido, aullando, loco de dolor, olvidado de la pistola, con la cara convertida en una mancha de sangre, Stevens se puso en pie de un salto... Y entonces recibió el shuto, propinado de revés por Carlos Cervantes: el canto de su mano golpeó en un lado del cuello al asesino, con tal fuerza que lo hizo saltar por encima de la borda sin tocarla siquiera.

Carlos saltó en seguida hacia los mandos de la lancha, la controló, y suspiró profundamente. Notaba las facciones rígidas, contraído todo el cuerpo, tenso... Y eso era un error... Un grave error, de modo que tema que tranquilizarse, serenarse.

Sí.

Ante todo, serenidad.

* * *

—Serénese, señorita Parker —recomendó amablemente Raymond Ashton —. Vamos, vamos, usted es una persona de clase, no debe reaccionar de este modo, me parece a mí.

— ¡Es usted un cínico! —explotó Melanie—. ¡Le he dicho mil veces la verdad sobre Carlos Cervantes, le he rogado que me dejase marchar, le he dado más explicaciones de las que nunca había dado a nadie...! ¡Y ahora, en lugar de dejarme regresar a mi yate, me lleva mar adentro! ¡Le advierto...!

¡Plaf!, sonó la bofetada.

Melanie respingó al recibirla, y se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Mildred, que, de pie ante ella, parecía dispuesta a repetir el golpe. Golpe que no llegó, pues Melanie comprendió, y no dijo nada más. Frente a ella, sentado en un sillón, Raymond Ashton reía a mandíbula batiente.

— ¡Bien hecho, querida! —dijo entre las risas—. ¡Esta gatita rubia se lo estaba mereciendo! Aunque a decir verdad, me gusta... ¡Me gusta mucho! Y estoy pensando... Vaya, ahora que me he quedado sin la estúpida de Nancy, tendré que buscarle una sustituía, ¿no te parece?

—Usted... usted es un malvado —palideció Melanie—. ¡Es un loco malvado!

¡Plaf!, resonó la siguiente bofetada de Mildred, en pleno rostro de la

muchacha. Se dispuso a seguir golpeándola, pero su padre la contuvo con un grito.

— ¡Espera! Se me ocurre algo mejor para bajarle los humos a esta gatita rubia... Algo mucho mejor. ¿Cuánto calculas que tardaremos en encontrarnos con Stevens y los otros?

—No lo sé. Depende de hasta dónde hayan navegado mar adentro; pero supongo que habrán ido bastante lejos, para asegurarse de la profundidad de las aguas. Quizá tardemos quince minutos...

— ¿Quince minutos? ¡Bueno, ése es tiempo suficiente para hacerle una pequeña prueba a la gatita rubia! Ven conmigo, preciosa.

—No —se encogió Melanie en el sillón, demudado el rostro—. ¡No, no, no!

Raymond Ashton se puso en pie, sonriendo divertidísimo. Les hizo una seña a Liddell y Donovan.

—Llevádmela al camarote, muchachos.

Los guardaespaldas rieron, secundados por Mildred, que se dejó caer en el diván y encendió un cigarrillo, mirando perversamente a Melanie. La cual se debatía en vano en brazos de los guardaespaldas, que la arrastraban hacia el pasillo.

— ¿Te parece que es momento de estas cosas? —preguntó indiferente, Mildred.

— ¡Oh, es sólo un juego; nada serio...! Pero he pensado que será una bonita escena para Carlos Cervantes cuando lo suban a bordo.

—Buena idea —relucieron los ojos de Mildred—. ¡Estupenda idea, papá!

—Gracias, hijita —rio Ashton—. Bueno, voy a divertirme un poco.

Riendo, recorrió el pasillo. Delante de su camarote esperaban Donovan y Liddell, todavía sujetando a Melanie. A una seña de Ashton, la empujaron dentro del camarote. Ashton entró, cerró la puerta, y se quedó mirando, siempre riendo, a Melanie, que se había apresurado a colocarse en un rincón.

—No se acerque... ¡No se acerque!

Raymond Ashton dejó de reír. Se acercó a la muchacha, adelantó una mano hacia ella, asió la ropa, y dio un fortísimo tirón. La leve sonrisa que quedaba en sus labios desapareció, convirtiéndose en una mueca crispada.

—Vaya —musitó, tensa la voz—. Quizá valga la pena tomárselo en serio, después de todo. No me extraña que Carlos Cervantes la visitase en su yate...

* * *

En aquel mismo instante, el yate se deslizaba suavemente, parados los motores. En la borda, Dan Maxwells, el capitán, miraba hacia la lancha que le había señalado uno de los tres tripulantes, segundos antes. La lancha no tenía encendida ninguna luz, ni siquiera las mínimas reglamentarias, y se mecía blandamente sobre el suave oleaje.

— ¿Estás seguro de que ésa es la lancha del tal Cervantes?

—Seguro, no. Pero lo parece, y además, al verla así... Bueno, he pensado que ha podido pasar algo imprevisto, así que...

—Voy a avisar al señor Ashton —zanjó la cuestión Maxwells—. O a la señorita, que ella sí conoce bien la lancha de ese tipo. No la perdáis de vista.

Maxwells fue hacia el interior del yate, que también, ahora, flotaba a merced de las tranquilas aguas, pues parados los motores y abandonados los mandos, la embarcación no era sino una simple astilla sobre las oscuras aguas. Una astilla que, todavía con el último impulso, pasaba muy cerca de la lancha que parecía abandonada.

—Me gustaría saber qué ha pasado —murmuró uno de los tripulantes.

El yate seguía aún deslizándose, lentísimo, alejándose ahora de la lancha, dejándola atrás y a estribor. Para continuar mirándola, los tripulantes fueron volviéndose hacia popa..., y entonces llegó la sorpresa.

Una sorpresa tan grande que, durante un instante, los tres quedaron petrificados, abierta la boca, desorbitados los ojos... Para cuando quisieron reaccionar, la figura humana que habían visto acercándose a ellos, chorreando agua, estaba ya en el aire, con las dos piernas flexionadas y apuntando los pies hacia adelante.

¡Flip, flip!, silbaron las piernas al extenderse con una potencia y una velocidad fuera de toda descripción... Uno de los tripulantes recibió el golpe en Ja frente, y salió volando hacia atrás, instantáneamente desvanecido. El otro recibió el golpe en el centro del pecho, y cayó sentado y, acto seguido, de espaldas . La figura humana cayó delante mismo del tercero, que seguía incapaz de reaccionar... Un puño de hierro se hundió en su estómago, y pareció que el hombre era partido por la mitad, de tal modo cayó doblado, como muerto, sobre aquel puño, que lo echó a un lado...

El tripulante que había recibido el impacto en el pecho se estaba

moviendo, intentando incorporarse, velados los ojos. Carlos Cervantes se inclinó sobre él, y su mano, su pesada mano de hierro le aplicó un shuto en la base del cuello. El hombre abrió la boca, angustiado, sintiendo como si una lanza estuviese penetrando en su cuerpo, atravesándolo de arriba abajo... Acto seguido, cayó de nuevo hacia atrás, y ya no se movió.

Cervantes corrió hacia la entrada al interior del yate, y cuando ya tenía un pie dispuesto a descender el primer peldaño, lo retiró vivamente... Amortiguada, le llegó una voz femenina que identificó en el acto:

—...no debe ser la de él, porque Stevens y los otros nos habrían...

El primero en aparecer en cubierta fue Dan Maxwells, con la cabeza un poco vuelta hacia su espalda. Llegó a cubierta, miró hacia la borda..., y entonces se dio cuenta de que había alguien a su lado. Con ligero sobresalto, lo miró, y vio entonces aquella figura humana que parecía desnuda, reluciente todavía de agua...

— ¡Auggff...! —expulsó todo el aire Maxwells, al recibir el golpe en pleno estómago.

Quedó doblado sobre sí mismo, sin caer, como una extraña estatua..., mientras Mildred, que acababa de salir, captaba la escena, daba media vuelta e intentaba regresar escaleras abajo gritando:

— ¡Cervantes...!

Una mano de hierro la agarró por los rojos cabellos, y tiró de ella, haciéndola regresar a cubierta. Y otra mano de hierro cayó sobre su boca, desde atrás, sofocándola.

— ¡Mmm... Mmm...! —intentó todavía gritar Mildred.

Fue apartada rápidamente de delante de la salida mientras en la escalera se oía una voz masculina.

— ¡Señorita Ashton! ¿Nos ha llamado?

— ¡Vamos a ver qué pasa! —dijo otra voz.

Las pisadas se oyeron claramente en la escalera, y Carlos decidió cortar por lo sano. Apareció de pronto frente a Liddell y Donovan, sujetando a Mildred delante de él, y advirtiendo:

— ¡Le romperé el cuello si...!

Los dos guardaespaldas lanzaron una exclamación de sorpresa. Acto seguido, su reacción fue en cierto modo lógica: tenían ante ellos, sujetando a

la señorita Ashton, a un hombre que, lo sabían ya, era capaz de matar a cualquiera, sin armas, sólo con sus manos o de cualquier modo... Para la mentalidad de hombres como Liddell y Donovan, un hombre así era demasiado peligroso, no convenía concederle jamás la menor oportunidad... Así que ambos llevaron la mano en busca de su pistola, la sacaron, y dispararon casi a la vez...

El alarido de Mildred Ashton quedó sofocado, pero sólo parcialmente, por la mano de Carlos, que notó los bruscos estremecimientos en el cuerpo de la muchacha. A fin de cuentas, también en él había actuado el instinto de conservación, interponiendo a Mildred en el camino de las balas. En un instante, el cuerpo de Mildred Ashton pareció convertirse en plomo en la mano de Carlos, que estaba lívido.

Aunque quizá no tan lívido como Donovan y Liddell, contemplaban a Mildred con ojos desorbitados. Pero reaccionaron en seguida, y volvieron a alzar las pistolas...

El cuerpo de Mildred Ashton salió despedido contra ellos, impactó con fuerza, y los empujó escaleras abajo, en confuso montón los tres, rodando finalmente. Nada más llegar abajo, estremecidos ante el peligro que sabían se cernía sobre ellos, los dos guardaespaldas se apresuraron a buscar una posición desde la cual pudiesen enfrentarse a Carlos Cervantes en condiciones favorables para ellos...

Y un escalofrío les recorrió la espalda cuando vieron volando hacia ellos al karateka, salvando todo el tramo de escalones como si, realmente, pudiese volar, adelantados los puños, flexionadas las piernas... Pero lo que realmente dejó congelados de espanto a Liddell y Donovan fue aquel grito, aquel rugido que pareció golpear en sus rostros, en todo su cuerpo, penetrando en éste como si fuese a machacar los tímpanos:

— ¡Kiaiiiii...!

Fue un kiai verdaderamente espeluznante, fue un impacto tremendo de toda la energía lanzada por un budoka desde su vientre, desde su mente, desde todo el cuerpo convertido ahora en un amasijo de músculos tensos en el increíble salto. Un kiai tan terrible como aquel rostro crispado, aquellos ojos oscuros que parecían ahora encendidos...

Con la primera patada, Carlos Cervantes, todavía sin haber llegado a aterrizar, había roto por tres sitios el brazo derecho de Liddell, que lanzó un aullido tremolante y se desplomó hacia atrás sin sentido. Con la segunda, alcanzó la frente de Donovan, de lleno... Y mientras el disparo hecho por Donovan rebotaba en el suelo, la cabeza del pistolero reventaba. La percusión del golpe fue terrible, y la cabeza, como una bolsa demasiado llena de aire, se

abrió..., mientras más allá, Carlos Cervantes caía finalmente al suelo, rebotaba como si fuese de goma, y quedaba en pie.

— ¡Melanie! —llamó.

Silencio.

— ¡Melanie...!

El grito femenino llegó hasta él. Se lanzó por el pasillo, golpeando puertas, abriéndolas rudamente..., hasta que su puño no pudo con una de ellas.

— ¡Melanie...!

Dentro del camarote, apenas un rumor, algo indefinible. Carlos Cervantes empujó la puerta, probó a mover el pomo... Estaba cerrada por dentro. Retrocedió un paso, cerró los ojos, aspiró hondo, y volvió a abrir los ojos, colocándose sosegadamente en posición Fudo Dachi, o de asalto. Recogió el puño derecho, lo echó hacia atrás, mientras con el izquierdo apuntaba hacia la puerta.

— ¡Kiaiiii...!

Los puños se cruzaron en el aire con seco crujido, recogiéndose el izquierdo, disparándose el derecho, en demoledor ura tsuki... Auténticamente demoledor. Por un momento pareció que toda la puerta fuese a ser arrancada de cuajo, pero, finalmente, el puño de Cervantes la atravesó, dejándola solamente medio colgada de la cerradura y los goznes. Una patada acabó de arrancar la puerta, que llegó con fuerte impulso al centro del camarote, al cual accedió inmediatamente Carlos Cervantes.

La primera imagen que vio, puso una especie de cortina roja ante sus ojos: Melanie, completamente desnuda, yacía en el suelo, cerca de un rincón, revueltos los cabellos, sollozando. De pie junto a ella, lívido como un muerto, Raymond Ashton contemplaba con expresión aterrorizada a Carlos, que comenzó a caminar hacia allí.

—No —jadeó Ashton—, ¡Espere, espere...! Cervantes, espere, le pagaré lo que quiera... ¡Lo que quiera, lo haré rico, le daré todo lo que...!

Carlos Cervantes pasó junto a él, sin mirarlo siquiera. Todo lo que hizo fue empujar a Ashton, lanzándolo contra la pared como si fuese un muñequito de paja. Se arrodilló delante de Melanie, le colocó bien los cabellos, y le alzó el rostro, tomándola por la barbilla.

—Melanie... Melanie, ¿estás bien? ¿Estás...?

La muchacha pareció saltar hacia él, se abrazó a su cuello con desesperación, y comenzó a llorar con más naturalidad, con fuertes hipos que la estremecían de arriba abajo. Cervantes la abrazó a su vez, con un brazo, mientras pasaba la otra mano por la cabeza de la muchacha.

—Cálmate, rubia, cálmate... Todo está bien claro ahora, no ha pasado nada, nada... Vamos, vamos, morena, no es el fin del mundo, sólo un mal rato... Oye, se me acaba de ocurrir: ¡te llamaré morubia! ¿Comprendes? ¡Eso es, morubia! MO, de morena y RUBIA, pues de eso, de rubia... O quizá tendríamos que partir más equitativamente las palabras, y decir que ponemos MOR, de morena, y UBIA, de rubia... ¿Te gusta? ¿Te gusta mi invento? Porque, hija, si no te llamo morubia, me voy a hacer un lío tremendo... ¿Te gusta morubia o no?

La apartó, suavemente, y le limpió las lágrimas con una de sus manazas de hierro.

—Bueno, parece que te vas calmando, ¿no es así? Vamos a ver esa sonrisita de morubia cachonda... Una sonrisita...

Empapado en lágrimas el rostro, la morubia Melanie Parker sonrió, como pudo, y Cervantes le dio un cachetito, sonriendo a su vez..., también como pudo.

—Eso es, morubia. Dime: ¿te ha violado?

Melanie movió negativamente la cabeza, de nuevo muy abiertos los ojos.

—No... no... —tartamudeó—. Pe...pero ha... ha estado a... a punto... de... de... Pe...pero cuando oyó... el primer... el primer grito...

—Entiendo. ¿Te sientes mejor? Me gustaría entregar vivo a ese miserable a las autoridades, pero si quieres, lo mato. Puedo reventarlo como si fuese una cucaracha. ¿Quieres que lo haga, morubia?

—No... No, no...

—Así me gusta. Serenidad. Todo ha pasado. Ahora vamos a llevar el yate a puerto, y... ¿Dónde está Ashton?

Raymond Ashton había desaparecido del camarote. Cervantes se puso en pie de un salto, y salió corriendo. En tres segundos estuvo en cubierta, adonde llegó corriendo Melanie poco después.

— ¡Debe haber saltado al agua! —exclamó Melanie.

—Claro que no —musitó Carlos—, En lugar de hacer eso, lo que habría

hecho sería tomar una de las pistolas de sus hombres y volver para matarnos... Pero si no ha hecho eso, es que no ha pasado por donde nosotros... ¿Dónde está, adonde...?

Carlos Cervantes casi saltó de sobresalto, al pensar lo que podía haber pasado por la cabeza de Raymond Ashton, el hombre que, cuando creía tenerlo todo bajo su férula, se encontraba derrotado. Sí, Mildred debía haberle dicho que él había enviado las libretas a la policía, y una explicación de todo, y que los amigos de Cervantes tenían a las chicas de Kenton, y que...

—Carlos..., ¿qué pasa? —le miraba desconcertada Melanie.

—Al agua —dijo, de pronto, el mexicano—, ¡Pronto, morubia, al agua! ¡Salta al agua!

La pasó él mismo por encima de la borda, tras sujetarla por la cintura, y la dejó caer, sin contemplaciones, pero los hombres egocéntricos, canallas y déspotas, tienen un sentido especial de las cosas...

— ¡Nada hacia la lancha! ¡Todo lo de prisa que sepas y puedas!

Melanie nadaba estupendamente, incluso con más estilo que el karateka. En menos de un minuto, los dos llegaron a la lancha, y Cervantes ayudó a subir a la muchacha. Lo hizo él acto seguido, y se volvió en seguida a mirar hacia el yate. Pues no. Se había equivocado...

Melanie estaba mirando a los dos hombres empapados que yacían en la cubierta, sólidamente amarrados, y que a su vez, tras mirarla a ella, miraron con odio a Carlos, que seguía mirando hacia el yate.

—Carlos, ¿quiénes son estos dos...?

¡Bouuummmm...!, saltó en mil pedazos el Mildred II, envuelto en fuego que tiñó de rojo toda la bahía de Acapulco.

* * *

El anciano japonés terminó su meditación, finalmente. Abrió los ojos, y en sus delgados labios apareció, fugazmente, una sonrisa. Una leve sonrisa, que lo expresaba todo. Era bueno estar vivo, y notar latir el corazón, y el cerebro, y sentir cómo la vida penetraba y pasaba por uno, proporcionándole una alegría quieta y profunda.

Pero esto, estas sutiles cosas, no son fáciles de aprender. Los hombres han aprendido a encontrar sabor al pescado, a la carne, a los dulces, al tabaco... Saben gustar la exquisitez de los muchos manjares que pueden prepararse. Los hombres han aprendido a disfrutar del sentido de la velocidad, de la

música, de los bellos colores, de las palabras... En realidad, casi de todo. Es agradable comer cosas que a uno le gustan, beber lo que prefiere, escuchar músicas maravillosas, contemplar hermosos paisajes, ver los pájaros volando..., o como aquéllos posados en los hombros del viejo japonés que había terminado su meditación, dando frente al bello jardín situado en la parte de atrás de su ryo-kan, cerca de Tokio.

Sensei, el Maestro, movió un brazo, y unos cuantos pajarillos saltaron a él, piando alegremente. Se estaba poniendo el sol, así que dentro de muy poco, los pajarillos se acomodarían en las ramas de los árboles de aquel jardín donde nunca habían tenido nada que temer.

Sí, los hombres han aprendido a gozar de todo, pero no de la vida. No saben gozar de la sensación de sentirse vivos, de notar la vida en sus cuerpos. No saben sentarse, y dedicar toda su atención a los latidos de su corazón, a la profunda respiración de sus pulmones, a la sana función de todos sus órganos. Saben paladear un manjar, pero no saben paladear la vida que en todo momento está latiendo en ellos. No se paran a pensar: estoy vivo, y por lo tanto voy a sentir mi vida, a paladearla, sentado, pensando sólo en ella, en lo bien que estoy, vivo y sano...

No, no saben hacerlo. O, por lo menos, hay muy pocos que lo sepan hacer. O que quieran hacerlo. Y esto es absurdo, porque..., ¿acaso no es más maravilloso sentir la propia vida dentro de uno que percibir el sabor de un trago de whisky...?

Sensei movió la cabeza, con tolerancia. Bien, los años lo van enseñando todo, así que no tenía por qué preocuparse. Sus discípulos, como había hecho él, irían aprendiendo. Y por supuesto, cuando él faltase, cuando la vida ya no estuviese en él, siempre habría alguno capacitado para tomar su puesto, para dirigir la Kuro

Arashi, la Negra Tempestad que siempre se cernía sobre aquellos que, ni atendían su vida, ni respetaban los derechos de las vidas ajenas...

Por fin, el maestro tomó el sobre que hacía rato esperaba ante sus flexionadas rodillas. Le dio la vuelta. De México... De Cervantes Karate Do Jo Dan. ¡Ah, sus discípulos le recordaban...! Era una hermosa recompensa. Mucho mejor que el cheque por doscientos cincuenta mil dólares que había dentro del sobre, con recortes de periódico, y una larga y hermosa carta de Cervantes Karate Do Jo Dan. Mientras se disponía a leer todo aquello, el Maestro pensó:

— ¿Qué debe estar haciendo ahora el buen Carlos...?

ESTE ES EL FINAL

Carlos Cervantes empujó la puerta del camarote, entró, y sonrió al comprobar el sobresalto que su brusca entrada había ocasionado en Melanie Parker.

— ¡Hola! —saludó—, Y adiós. Vengo a despedirme.

— ¡Cómo, a despedirte! —palideció Melanie.

—Claro. Todo ha terminado, soy famoso, soy libre, soy rico, tengo un trabajo formidable en Ciudad de México. Adiós, morubia.

—Pe...pero... ¡Eso es que te vas con la morena!

—No digas tonterías; es mi hermana María.

— ¿Tú...? ¡Oh! ¡Estás mintiendo!

—Bueno, estoy mintiendo, pero María no significa nada para mí. Es una buena amiga, que me ayudó, como los otros. Bueno, adiós.

— ¡Pero no puedes marcharte!

— ¿Por qué no?

—Pu. pues... ¡No puedes!

—Vaya si puedo. Tengo dos hermosas patas, que cumplen a la perfección su cometido. Si quieres que te diga la verdad, había pensado trasladar mi oficina a Acapulco. Aquí hay mucho trabajo por hacer, también, aparte de que puedo recibir encargos de todo el país, naturalmente. Me gusta tanto el mar, que hasta se me ocurre que podría instalarme en un barco, y recibir ahí a mis clientes, tener mis empleados... Pero no. Adiós, morubia.

— Pero... pero... pero... ¡aún no te he pintado!

Carlos Cervantes frunció el ceño.

—Sobre eso, ya te dije lo que pensaba, morubia: donde fueres, haz lo que vieres. Pero como tú no quieres dar el ejemplo, Santas Pascuas y feliz viaje, Carlos. ¿Quieres que te haga algún recado en Ciudad de México?

—Sí —musitó Melanie, acercándose—. Hay uno.

—Lo haré encantado. ¿De qué se trata?

—Llévame a una lavandería estas dos piezas, ¿quieres?

Carlos Cervantes tendió una de sus manazas, y tomó con dos dedotes el bikini que le tendía Melanie, lo guardó en un bolsillo y, tras mirar detenidamente el espléndido cuerpo femenino, murmuró:

— ¡Caray...! ¡Ahora sí que le dan a uno ganas de quedarse!

— ¡Pues quédate, tonto! —susurró la morubia, colgándose de su cuello.

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España